

STEGLITZ

**KAFKA Y LA MUÑECA
VIAJERA**
JORDI SIERRA I FABRA



Un año antes de su muerte, Franz Kafka vivió una experiencia muy insólita. Paseando por el parque Steglitz, en Berlín, encontró a una niña llorando desconsolada: había perdido su muñeca. Para calmar a la pequeña, el autor de *La metamorfosis* se inventó una peculiar historia: la muñeca no se había perdido, se había ido de viaje, y él, convertido en cartero de muñecas, tenía una carta que le llevaría al día siguiente al parque. Aquella noche Franz escribió la primera de las muchas cartas que, durante tres semanas, entregó a la niña puntualmente, narrando las peripecias de la extraordinaria muñeca desde todos los rincones del mundo. Según cuenta Dora Dymant, su compañera en aquellos días, el estado febril con el que Kafka escribía esas cartas era comparable al de cualquiera de sus inmortales obras. Éste es el relato de aquella experiencia, en la que Franz Kafka fue un mago de la palabra para una niña desconocida de la que jamás volvió a saberse nada, como tampoco de aquellas cartas que constituyen uno de los misterios más hermosos de la narrativa del siglo XX.



Jordi Sierra i Fabra

Kafka y la muñeca viajera

ePub r1.3

Titivillus 16.07.2018

Título original: *Kafka y la muñeca viajera*

Jordi Sierra i Fabra, 2006

Ilustraciones: Pep Montserrat

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

Para Franz,
del escarabajo que un día despertó convertido en niño

Primer sueño:

La muñeca perdida

a

Los paseos por el parque Steglitz eran balsámicos.

Y las mañanas, tan dulces...

Parejas prematuras, parejas ancladas en el tiempo, parejas que aún no sabían que eran parejas, ancianos y ancianas con sus manos llenas de historias y sus arrugas llenas de pasado buscando los triángulos de sol, soldados engalanados de prestancia, criadas de impoluto uniforme, institutrices con niños y niñas pulcramente vestidos, matrimonios con sus hijos recién nacidos, matrimonios con sus sueños recién gastados, solteros y solteras de miradas esquivas, solteros y solteras de miradas procaces, guardias, jardineros, vendedores...

El parque Steglitz rezumaba vida en los albores del verano.

Un regalo.

Y Franz Kafka la absorbía, como una esponja, viajando con sus ojos, arrebatando energías con el alma, persiguiendo sonrisas entre los árboles. Él también era uno más entre tantos, solitario, con sus pasos perdidos bajo el manto de la mañana.

Su mente volaba libre de espaldas al tiempo, que allí se mecía con la languidez de la calma y se columpiaba alegre en el corazón de los paseantes.

Aquel silencio...

Roto tan sólo por los juegos de los niños, las voces maternas de llamada, reclamo y advertencia, las palabras sosegadas de los más próximos y poco más.

Aquel silencio...

El llanto de la niña, fuerte, convulso, repentino, hizo que Franz Kafka se detuviera.

Estaba muy cerca de él, a pocos pasos, y no había nadie más a su alrededor. No se trataba, pues, de una disputa entre pequeños, ni de un

castigo de la madre, ni siquiera de un accidente, porque la niña no tenía signos de haberse caído.

Lloraba de pie, desconsolada, tan angustiada que parecía reunir en su rostro todos los pesares y las congojas del mundo.

Franz Kafka miró arriba y abajo.

Nadie reparaba en la niña.

Estaba sola.

Se quedó sin saber qué hacer. Los niños eran materia reservada, entes de alta peligrosidad, un conjunto de risas y lágrimas alternativas, nervios y energías a flor de piel, preguntas sin límite y agotamiento absoluto. Por algo él no tenía hijos.

Pero todo aquel sentimiento...

La niña tendría unos pocos años. Le resultaba difícil calcular cuántos. La edad de las niñas pequeñas era un misterio. Sí, exacto, justo esa edad indefinible en la que siguen siendo lo que son aun estando en el umbral del siguiente paso. Vestía con pulcritud, botitas, calzones, camisa con cuello de encaje, chaquetilla tres cuartos por la cual asomaba una falda llena de volantes. Su cabello era largo, oscuro, y lo recogía en dos primorosas trenzas. Era guapa, como todas las niñas pequeñas.

Guapa por ser primavera de la vida.

Aunque ahora aquellas lágrimas convirtieran su rostro en una suerte de espantosa fealdad.

Franz Kafka permaneció quieto.

¿Qué hacía una niña tan pequeña allí sola? ¿Se había perdido? Si era así, tendría que tomarla de la mano, tranquilizarla, y buscar juntos un guardia para que la acompañara. Pero ¿cómo se tranquilizaría la niña si un desconocido le hablaba, la tomaba de la mano y echaba a caminar con ella? ¿Acaso no sería peor?

No, lo peor sería marcharse, irresponsablemente, y dejarla en mitad del parque.

Imprevisibles niños.

El llanto era tan y tan dramático...

Nunca había visto ni oído llorar a nadie de aquella forma.

Se resignó, porque muchas veces la vida no dejaba alternativas. Era ella la

que marcaba el camino. Así pues, dio el primer paso en dirección a la pequeña, se quitó el sombrero para parecer menos serio, e iluminó su rostro con la mejor de sus sonrisas.

Probablemente, a pesar de todo, tuviese cara de dolor de estómago, pero eso era irremediable y carecía de importancia.

Franz Kafka se detuvo delante de la niña.

b

—Hola.

La niña dejó de gritar, pero no de llorar. Levantó la cabeza y se encontró con él. En su desesperada crispación ni siquiera le había visto acercarse. Los ojos eran dos lagos desbordados, y los ríos que fluían de ellos formaban torrentes libres que resbalaban por las mejillas hasta el vacío abierto bajo la barbilla.

Hizo dos, tres sonoros pucheros antes de responder:

—Hola.

—¿Qué te sucede?

No lo miró con miedo. Pura inocencia. Cuando la vida florece todo son ventanas y puertas abiertas. En sus ojos más bien había dolor, pena, tristeza, una soterrada emoción que la llevaba a tener la sensibilidad a flor de piel.

—¿Te has perdido? —preguntó Franz Kafka ante su silencio.

—Yo no.

Le sonó extraño. «Yo no». En lugar decir «No» decía «Yo no».

—¿Dónde vives?

La niña señaló de forma imprecisa hacia su izquierda, en dirección a las casas recortadas por entre las copas de los árboles. Eso alivió al atribulado rescatador de niñas llorosas, porque dejaba claro que no estaba perdida.

—¿Te ha hecho daño alguien? —Sabía que no había nadie cerca, pero era una pregunta obligada, y más en aquellos segundos decisivos en los que se estaba ganando su confianza.

Ella negó con la cabeza.

«Yo no».

Estaba claro que quien se había perdido era su hermano pequeño.

¿Cómo permitía una madre responsable, por vigilante o atenta que estuviese, dejar que sus hijos jugaran solos en el parque, aunque fuese uno

tan apacible y hermoso como el Steglitz?

¿Y si él fuese un monstruo, un asesino de niñas?

—Así pues, no te has perdido —quiso dejarlo claro.

—Yo no, ya se lo he dicho —suspiró la pequeña.

—¿Quién entonces?

—Mi muñeca.

Las lágrimas, detenidas momentáneamente, reaparecieron en los ojos de su dueña. Recordar a su muñeca volvió a sumirla en la más profunda de las amarguras. Franz Kafka intentó evitar que diera aquel paso atrás.

—¿Tu muñeca? —repitió estúpidamente.

—Sí.

Muñeca o no, hermano o no, eran las lágrimas más sinceras y dolorosas que jamás hubiese visto. Lágrimas de una angustia suprema y una tristeza insondable.

¿Qué podía hacer ahora?

No tenía ni idea.

¿Irse? Estaba atrapado por el invisible círculo de la traumatizada protagonista de la escena. Pero quedarse... ¿Para qué?

No sabía cómo hablarle a una niña.

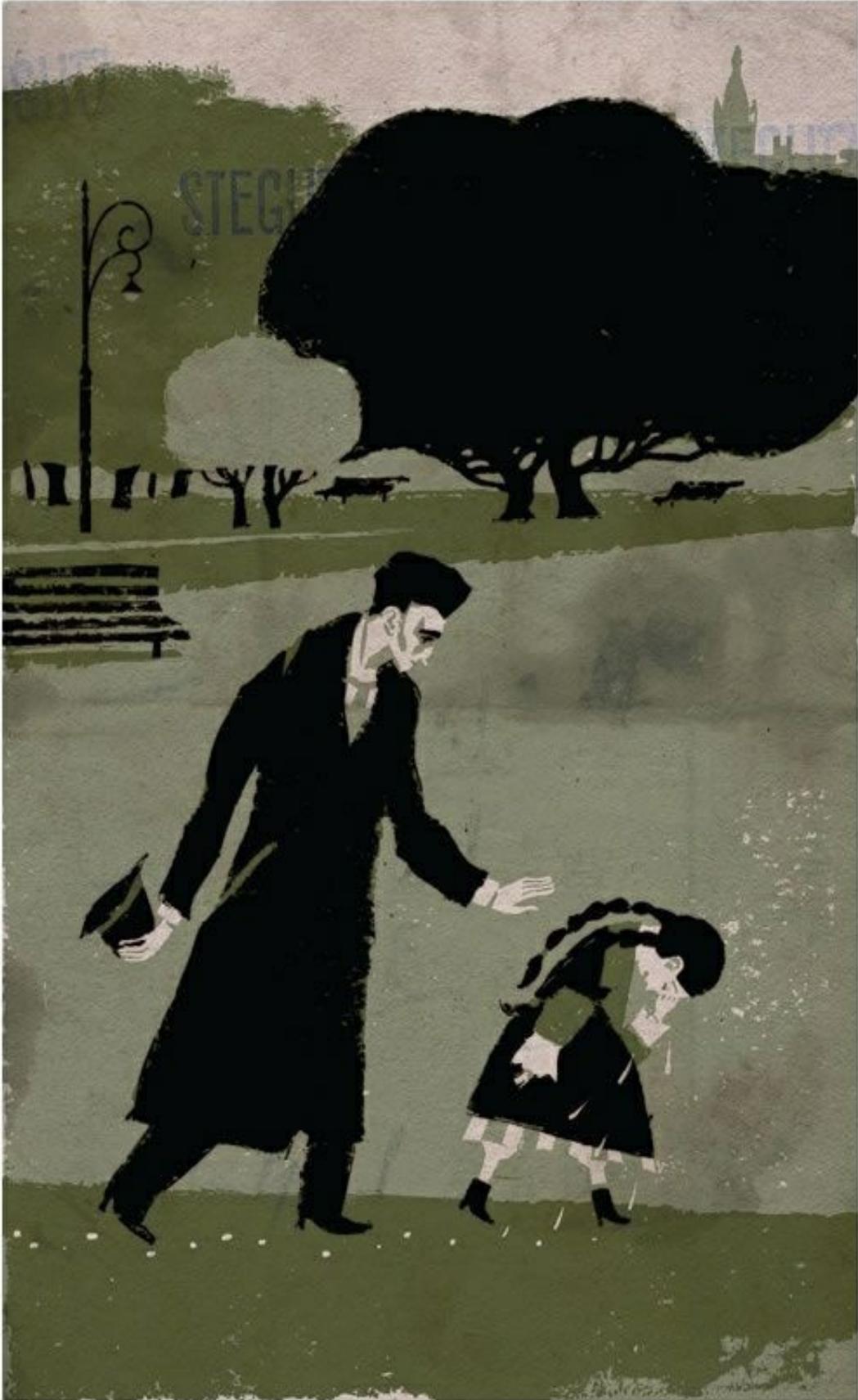
Y más a una niña que lloraba porque acababa de perder a su muñeca.

—¿Dónde la has visto por última vez?

—En aquel banco.

—¿Tú qué has hecho?

—Jugaba allí —le señaló una zona en la que había niños jugando.



—¿Y has estado allí mucho tiempo?

—No sé.

Aquellas sin duda eran las preguntas que haría un policía ante un delito, pero ni era un delito ni él un policía. El protagonista del incidente ni siquiera era un adulto.

Eso le incomodó aún más. La singularidad del hecho lo tenía más y más atrapado.

Quería irse pero no podía. Aquella niña y el abismo de sus ojos llorosos lo retenían.

Una excusa, un «lo siento», bastaría. De vuelta a su hogar. O una recomendación:

«Vete a casa, niña». Tan sencillo.

¿Por qué el dolor infantil es tan poderoso?

La situación era real. La relación de una niña con su muñeca es de las más fuertes del universo. Una fuerza descomunal movida por una energía tremenda.

Y entonces, de pronto, Franz Kafka se quedó frío.

La solución era tan sencilla...

Al menos para su mente de escritor.

—Espera, espera, ¡qué tonto soy! ¿Cómo se llama tu muñeca?

—Brígida.

—¿Brígida? ¡Por supuesto! —Soltó una risa de lo más convincente—. ¡Es ella, sí! No recordaba el nombre, ¡perdona! ¡Qué despistado soy a veces! ¡Con tanto trabajo!

La niña abrió sus ojos.

—Tu muñeca no se ha perdido —dijo Franz Kafka alegremente—. ¡Se ha ido de viaje!

C

La mirada fue incrédula. La sorpresa total. Pero era una niña. Los pequeños quieren creer. Necesitan creer. En su mundo no existe, todavía, la desconfianza humana. Es un universo de soles y lunas, días encadenados, llenos de paces, amores y caricias.

Por lo menos allí, en el parque Steglitz, en pleno Berlín.

Y en 1923.

Franz Kafka sostuvo aquella mirada con su mejor cara de jugador imaginario, cosa que nunca había sido. La clave de todo, además de la inocencia de la niña, residía en su convencimiento, su aplomo, la forma en que contara aquel absurdo que acababa de nacer en su cabeza.

—¿De... viaje? —balbució ella.

—¡Sí! —Cada segundo ganado, era un tiempo precioso para conformar la historia en su mente.

—¿Adónde?

—Ven, sentémonos —le señaló el banco más cercano, ausente de personas porque se hallaba bajo la sombra de algunos árboles—. Me fatigo mucho, ¿sabes?

Tenía cuarenta años, así que para la niña era un viejo. Claro que con su quebradiza salud probablemente lo fuese en realidad. ¿Cómo no iba a ser un viejo prematuro alguien que estaba ya retirado del mundo y jubilado desde hacía un año debido a su tuberculosis? Se sentaron en el banco y de entrada se sintió muy aliviado al comprobar que había logrado detener las lágrimas de su compañera. Ni los paseantes más cercanos los miraban. Estaban a salvo.

El resto dependía...

—¿Tú te llamas...? —Fingió ser despistado.

—Elsi.

—¡Elsi, claro! ¡Naturalmente que era tu muñeca, porque la carta es para ti!

—¿Qué carta?

—La que te ha escrito, explicándote por qué se ha ido tan de repente. Pero con las prisas me la he dejado en casa. Mañana te la bajaré y podrás leerla, ¿de acuerdo?

No sabía si lo creía. Ignoraba si su tono era el adecuado, convincente y rotundo a la par que jovial y despreocupado. En aquellos segundos se decidía todo. La niña podía tomarle por loco. Pero también podía aferrarse a la esperanza.

Y la esperanza era más necesaria que la realidad.

—¿Por qué se ha ido Brígida de viaje sin mí? —Puso morritos de disgusto.

Esperaba esa pregunta. Se sintió orgulloso de poder adelantarse, aunque sólo fuera un segundo, a la reacción de su compañera.

—¿Cuánto hace que era tu muñeca?

—Siempre ha sido mi muñeca.

—Toda la vida.

—Sí.

—Pues ésa es la razón.

—¿Por qué?

—¿Tienes hermanos o hermanas mayores?

—Sí.

—¿Alguno se ha casado?

—No.

—Oh, vaya.

—Pero mi prima Ute sí.

—¿Y no se marchó de casa de sus padres?

—Sí.

—Pues lo mismo ha hecho Brígida. Está en la edad en que las muñecas han de emanciparse —no estaba seguro de si su lenguaje era comprensible para la niña, pero no conocía otro—. Quiero decir que a todos nos llega el momento de irnos de la casa de nuestros padres, para viajar, conocer la vida, el mundo, tal vez un futuro maravilloso...

—Nunca me lo dijo —Elsi seguía con los morritos prietos, rozando la recaída en su desconsuelo.

—Puede que se le olvidara, o que no la entendieras —¿Hablaban las niñas a sus muñecas? Sin duda, sí. ¿Creían que las muñecas les hablaban a ellas? También. No podía dejar en mal lugar a la intrépida Brígida ni decirle a Elsi que la vida era así. No era un comentario apropiado para su edad—. Pero por eso te ha escrito la carta.

Elsi midió sus palabras. Una a una. Lo hizo pausadamente, con su lógica, la nueva realidad de su vida. Franz Kafka no se movía. Pero le bastaba con ver aquellos ojitos llenos de lágrimas detenidas para saber que lo estaba consiguiendo.

Había sido muy persuasivo.

El mayor absurdo depende de la sinceridad con que se cuenta.

—¿Y por qué le ha escrito a usted mi muñeca?

Era la segunda pregunta clave.

Y también estaba preparado para ella.

—Porque soy cartero de muñecas —dijo sin pestañear.

d

Elsi era una máscara.

Luchaba contra el dolor tratando de digerir aquella novedosa realidad. Aún no estaba segura de que todo fuera tan bien como lo advertía él.

—¿Los carteros no llevan las cartas a las casas?

—Los carteros normales, sí, pero los carteros de muñecas, no. Las cartas de las muñecas son especiales, porque también son distintas. Han de ser entregadas en mano a sus destinatarias. ¿No crees que tus padres se sorprenderían de que recibieras una carta siendo tan pequeña? ¿Y si prefirieran leerla ellos antes, por curiosidad? ¿A que no te gustaría?

—No.

—Pues ya está.

—Yo todavía no sé leer bien.

—¿Lo ves? —Se aferró a la nueva coyuntura—. Eso sucede muy a menudo. Las niñas que reciben las cartas no pueden leerlas, y entonces lo hago yo, en voz alta. Por eso es necesario el cartero de muñecas. Es un trabajo muy importante.

Había conseguido detener por completo las lágrimas de Elsi. La niña se pasó el antebrazo por los ojos para retirar sus restos. De vez en cuando posaba su mirada en el suelo, a sus pies, pero siempre era para retomar el rumbo que la conducía a la faz del cartero de muñecas.

La tristeza era el último baluarte de su desasosiego.

—¿Por qué no va a buscar la carta?

—Ya se ha hecho tarde, lo siento. Mi horario de trabajo ha concluido hace un rato, y tú también deberás irte a casa pronto, ¿no es así?

Elsi miró el reloj de la torre.

—Las agujas todavía no están juntas —señaló—. Pero sí, me queda poco. ¿A qué hora empieza su trabajo mañana?

—¿A qué hora bajas al parque?

—Cuando las dos agujas están así —puso los dedos índices de sus dos manos en un determinado ángulo para mostrárselo.

—¡Oh, muy bien! —exclamó él—. Es justo a la hora que empiezo yo. Mañana serás la primera.

—¿Y me traerá la carta de Brígida?

Por nada del mundo, por niña que fuese, iba a olvidarse de esa carta. Llegaría a su casa y pasaría el resto del día pensando en ella. Comería, cenaría y se acostaría sin apartarla de su mente. No había nada más. Sin Brígida, ya sólo le quedaba la carta. Un pequeño gran mundo. Franz Kafka estaba seguro de que por la mañana ella despertaría y haría lo que fuese, jugar, estudiar, ir a la escuela o lo que tuviese por costumbre, pero, al llegar la hora, correría hasta el parque Steglitz en su busca.

Tenía una cita.

La más inesperada.

—Por supuesto que te traeré la carta de tu muñeca. Confía en mí.

Elsi saltó del banco y se quedó de pie frente a él. Pareció no saber qué hacer.

Finalmente dio el paso que la separaba de su nuevo amigo y lo besó en la mejilla.

El suave toque de una mariposa.

—Entonces hasta mañana —se despidió.

—De acuerdo —susurró un emocionado Franz Kafka.

e

La vio alejarse por su izquierda, sin prisas, paso a paso, con la cabeza baja, menuda y frágil. Un soplo de vida.

Pero tan poderoso.

Elsi se hizo diminuta. Primero la devoró la lejanía, después el cruce de otras gentes que la engulleron ocultándola a sus ojos, y finalmente la distancia.

Desapareció.

No de su mente.

Sólo entonces Franz Kafka pudo reaccionar.

—¡Válgame el cielo! —Se llevó las dos manos a la cara.

Acababa de meterse en un lío espantoso.

No le tenía miedo a nada ni a nadie, pero sí a una personita que ni siquiera alzaba un metro del suelo y era capaz de llorar con aquel desgarror o mirarlo con la intensidad de aquellos ojos. Sí a una fuerza devastadora como la del corazón de su nueva amiga. Sí a la huella profunda que lo sucedido podía causarle.

—Con los niños no se juega —rizó el rizo.

Sin aquella carta, Elsi crecería con el trauma más duro: su muñeca la había abandonado. Si lo hacía mal, Elsi tal vez desatara en su alma la frustración del rechazo. Si no cumplía con su palabra y acudía a la cita del día siguiente sin la carta prometida, Elsi jamás volvería a creer en la naturaleza humana.

Estaba en juego una esperanza.

Lo más sagrado de la vida.

Franz Kafka sintió el hormigueo en sus manos, el nacimiento de las alas de Ícaro que le elevaban hasta aquellos mundos sólo posibles en su mente inquieta e inquietante, cuando se abocaba sobre el papel con la pluma y

trenzaba las historias más singulares jamás concebidas.

Era escritor.

Pero nunca había escrito la carta de una muñeca viajera a la niña que había sido su dueña hasta el momento de separarse.

Se levantó del banco presa de los nervios, literalmente enfebrecido.

Por si acaso, dio una vuelta por el parque, mirando a todas las niñas con muñecas. Ni siquiera sabía cómo era Brígida. Un error. ¿Cómo pudo dejar pasar ese detalle? Pero ni una sola de aquellas pequeñas parecía haber robado la que con tanto amor sostenía en sus brazos o con la que jugaba encandilada. Y ningún mayor llevaba una en el bolsillo o corría a ocultar el objeto de su robo.

Cuando salió del parque Steglitz era mucho más tarde de la hora en que acostumbraba a hacerlo. A pesar de ello y del motor que acababa de dispararse en su cuerpo, no corrió, no se precipitó. Su cabeza bullía. Pensaba en Brígida, en Elsi, en el lugar en que primero hubiera desembarcado la muñeca, en la forma en que se lo escribiría a su dueña.

Llegó a su calle, a su casa, envuelto en la misma fiebre.

Había creado un singular y misterioso enigma: la muñeca viajera.

Segunda fantasía:

Las cartas de Brígida

f

La señora Hermann tenía una hija de la edad de Elsi.

Se detuvo en su rellano antes de subir a su piso y llamó a la puerta. La espera fue breve. La misma señora Hermann le abrió después de preguntar quién era. Sus ojos de mujer cansada no mostraron excesiva simpatía aunque sí curiosidad. Era la primera vez que su vecino la visitaba o quería hablar con ella. En la comunidad sabían que el extraño señor Kafka no trabajaba, estaba enfermo y acudía a clínicas con una periodicidad cada vez mayor.

—Buenos días, señora Hermann —miró la hora y modificó su saludo—. O buenas tardes —su sonrisa no consiguió cambiar el tono adusto de la mujer—. ¿Está su hija en casa?

—No.

Era una contrariedad, casi un contratiempo.

—Disculpe la molestia, y lo insólito de mi petición, pero... ¿tendría usted alguna muñeca suya para prestarme un segundo?

Logró sorprenderla.

—¿Una muñeca?

—De cualquier tipo, sí, de trapo, porcelana... Una muñeca.

—¿Y para qué la quiere?

—Necesito examinarla, sólo eso. He de escribir algo relacionado con una y apenas recuerdo como eran las muñecas de mis tres hermanas. Si no fuera mucha molestia...

La señora Hermann continuó apoyada en el quicio de su puerta. A veces hablaba con Dora Dymant, la joven que vivía con él. Los dos habían llegado al modesto y humilde edificio no mucho antes. Y desde luego no estaban casados. Se decía que el padre de ella no lo autorizaba, quizás por su persistente enfermedad, tal vez por ser un vulgar empleado de una compañía de seguros, aunque gozase de cierta relevancia como escritor.

—No puedo dejar que se la lleve. Mi hija volverá en un momento y si la echa en falta es capaz de hundir la casa a gritos.

—La inspeccionaré aquí mismo, no hay problema.



Doblegó su tenue resistencia.

—Aguarde —se resignó.

Franz Kafka esperó en el rellano. Dora debía de estar impaciente, preocupada por la demora. Lo cuidaba y protegía. Tal vez hubiera debido avisarla, aunque sólo se tratase de perder uno o dos minutos.

La señora Hermann reapareció en el vestíbulo de su piso, emergiendo de la penumbra del pasillo, con sus paredes sobrecargadas con una cretona de oscuro color rojizo. Llevaba en sus manos una muñeca vieja y gastada que ni mucho menos debía de ser ya la favorita de su hija. A lo sumo, una de las guardadas en el fondo de cualquier armario o baúl. Pero le servía igual. Nada que objetar. Sólo quería observarla, sostenerla en las manos, sentir aquella sensación desconocida.

—Tenga usted —se la entregó la dueña de la casa.

—Gracias, es muy amable.

Le faltaba un ojo, tenía una pierna desencajada y el cabello, que surgía de un sinfín de puntos de la cabeza, estaba más que sucio, lo mismo que la ropa, de un color verdoso. Primero la observó con fijeza, su expresión eternamente sonriente, la naricita apenas elevada y los hermosos labios rosados. Después la estudió con más atención, las manos, los pies, su forma, el cuerpo.

La señora Hermann alzó una sospechosa ceja cuando le subió la ropa, para verla por debajo.

Una muñeca.

Nada más.

—¿Habla su hija con sus muñecas, señora Hermann?

—Juega con ellas y les habla, sí, como todas las niñas.

Tenía algunas preguntas más, pero hubiera preferido hacérselas a la pequeña, no a la desconfiada madre. Y con su dichosa enfermedad no estaba seguro de que le permitiera acercarse mucho a su retoño.

—A ésta la llama Karla y es su hermana pequeña —fue un poco más comunicativa su vecina.

—Interesante, sí.

Su examen había terminado. No tenía sentido seguir allí. La luz era tan mortecina que le dolían los ojos.

—Me ha servido de mucha ayuda —le devolvió la desvencijada muñeca

—. En serio, gracias.

—No hay de qué —inició el retroceso que culminó cerrando la puerta.

Franz Kafka subió a pie hasta su piso. No tuvo que abrir con su llave porque Dora se asomó nada más escuchar el ruido de sus pasos. Lo recibió con la dulzura de una sonrisa y el afecto de sus brazos abiertos.

—Me pareció haberte oído hablar con alguien.

—Con la señora Hermann, sí.

—Qué sociable.

—Quería... —¿le contaba que su alto en el camino había sido para examinar una muñeca?

Después. Ahora lo único que de verdad deseaba era encerrarse en su estudio y comenzar aquella singular carta.

La más difícil de su vida.

—¿Qué tal el paseo? Has tardado más que otros días —dijo Dora.

—Luego te lo cuento, ¿de acuerdo?

—¿Adónde vas?

—A escribir un rato.

—¿Ahora?

Franz Kafka la besó en la comisura del labio. Las explicaciones podían resultar muy complicadas, y Dora tal vez se riese, o le creyese un loco samaritano de niñas que perdían muñecas en los parques de Berlín. Prefería tomarse su tiempo para cada cosa. Y aquél era el tiempo de cumplir con su ansiedad.

—Necesito hacerlo.

Comprendió que eso bastaba. Era hombre de fiebres y arrebatos. Ella lo sabía de sobra.

—Está bien.

—Gracias.

—Te avisaré para comer.

—Sí.

—¿Comerás?

—Sí.

No lo tenía tan claro. Conocía aquella expresión alucinada.

Franz Kafka entró en su estudio y cerró la puerta. Se quitó la chaqueta, la

colgó del perchero, ocupó su silla y tomó su pluma. Los folios en blanco esperaban siempre sobre la mesa.

—Vamos allá, Brígida —suspiró antes de empezar a escribir.

g

El tiempo había transcurrido perezoso a lo largo de aquella última hora, como si las manecillas estuviesen quietas, en huelga, incapaces de moverse y progresar.

Cada vez que miraba el reloj se le antojaba que, en vez de avanzar, jugaba con su paciencia. Llegó a contar mentalmente hasta sesenta, despacio, para asegurarse de que pasaba un minuto.

Por su cabeza aún revoloteaban las palabras de Dora.

—Eres increíble, ¡todo esto por una niña desconocida!

—Desconocida no, se llama Elsi.

—No sé si eres un santo o estás loco, querido.

A veces pensaba que las dos cosas.

Era la hora. En el lejano reloj que servía de guía a Elsi, las manecillas formaban finalmente la figura que ella había dibujado con los dedos el día anterior. Quedaba la última espera, la peor, la de la incertidumbre.

¿Y si su madre, después del incidente de la muñeca perdida, no la dejaba bajar?

¿Y si su hija le había contado la curiosa charla con el cartero de muñecas y la mujer, en lugar de tomárselo como un divertimento o un juego, lo consideraba sospechoso? ¿Y si la madre se presentaba con dos fornidos policías dispuestos a ver si sus intenciones eran buenas?

Franz Kafka tenía los ojos fijos en el punto por el cual el día anterior vio desaparecer a Elsi.

La mañana era cálida y agradable, una hermosa y armónica conjunción de placidez y buena temperatura. El parque brillaba todavía más que 24 horas antes, como si el barrio entero pasara sumido en un lánguido ocio. Por fortuna, el banco que ocupaba seguía vacío a causa de que el sol no incidía de forma directa en él. Cuando llegase Elsi estarían solos.

Se sentía bien.

Muy bien. Mejor que nunca. El enfebrecido trabajo de toda la tarde anterior le había sumido en un estado de tensión nerviosa que ahora se convertía en serena complacencia. Aquella excitación, aquel paroxismo...

La hora.

No tuvo que esperar mucho más, ni mirar el reloj de nuevo. Elsi se hizo visible en la distancia y su pequeño volumen aumentó y le ganó cuerpo al espacio corriendo hacia él. Lo hacía sola, decidida. Vestía de forma distinta, aunque calzaba las mismas botitas y los calzones eran iguales. La chaquetilla se había convertido en un abrigo de primavera y la camisa con cuello de encaje en una blusa primorosamente bordada. Tampoco llevaba las trenzas, sino su cabello largo y oscuro libre bajo un casquete de color azul.

Franz Kafka sonrió.

¿Cómo describir su talante? ¿Feliz, contento?

¿Paternal?

Elsi no aminoró la carrera al verlo sentado en el banco. Su rostro tampoco mostró cambio alguno. Para la mente infantil, la realidad siempre era una, sin paliativos o alternativas. Su cartero tenía que estar allí y allí estaba. Punto. Se detuvo delante de él, escrutándolo con fijeza, y, jadeando, hizo la única pregunta que le importaba:

—¿Ha traído la carta?

—Sí.

No mostró alivio ni contento, tan sólo seriedad, la de cualquier persona adulta ante algo situado al margen de la más absoluta normalidad. Se sentó en el banco, a su derecha, y sin apartar sus ojos esperó a que él hiciera lo que se suponía que debía hacer: mostrarle la tan esperada carta.

Franz Kafka se sintió un poco ridículo por primera vez.

Si alguien le viera, o conociera aquella insólita historia...

Pero el mundo se movía impertérrito a su alrededor. No eran precisamente el centro de ninguna atención. Nadie reparaba en ellos, un hombre y una niña sentados en un banco del parque.

Extrajo la carta del bolsillo de su chaqueta y se la mostró.

—¿Lo ves? —señaló la dirección—. «Señor cartero de muñecas, esta carta es para Elsi».

La niña la tomó en sus manos y fue igual que si la meciera. Luego le dio la vuelta y miró el remite.

—«Brígida. West End. Londres» —dijo Franz Kafka.

Ni siquiera faltaba el detalle del sello. De algo tenía que servirle guardarlo todo, como por ejemplo sellos de otros lugares. Lo había despegado con cuidado de su sobre y vuelto a pegar en el de Brígida. Un auténtico sello británico.

—¿Brígida está en Londres?

—Sí, en la capital de Inglaterra.

—¿Eso está muy lejos?

—Bastante, al otro lado del Canal de la Mancha.

—¿Qué hace ahí?

—No lo sé. No he leído la carta.

—¿Puedo abrirla?

—Pues claro. Es tuya.

Lo hizo con pulcritud, como si temiera romper el contenido si rasgaba con un exceso de ímpetu el sobre. Empleó dos dedos de cada mano, el pulgar y el índice, para separar la pestaña y extraer la hoja de papel escrita a mano con letra suficientemente clara como para que pudiera leerla ella.

Pero, aunque la niña lo intentó, acabó dándole la hoja de papel a su compañero.

—Tome —le dijo—. Léamela usted.

—De acuerdo —Kafka tomó la misiva y carraspeó un par de veces para aclararse la garganta—. ¿Empiezo ya?

—Sí.

—Bueno, pues... Dice:

Querida Elsi, ante todo, perdona que me marchara de tu lado de forma tan rápida, sin despedirme de ti. Lo lamento de veras y espero que no te enfadarás. A veces hacemos cosas sin darnos cuenta, o reaccionamos inesperadamente ante lo que nos dice nuestro instinto, y causamos un dolor a los demás que no deseamos. Te pasa a ti con mamá, ¿verdad? Lo que sucede es que las despedidas son tristes, y no quería que lloraras, ni que trataras de convencerme de que me

quedara contigo un poco más. A lo peor no me habrías dejado marcharme, y tenía que hacerlo. Espero que lo comprendas. Te quiero tanto, Elsi, tanto que no habría soportado verte llorar o que me vieras llorar a mí —miró a la niña de reajo. Escuchaba atentamente, con los ojos fijos en el suelo, así que continuó—: Ahora sé que estarás más tranquila, y que sabiendo que yo estoy bien, te alegrarás por las dos.

Hizo una pausa un poco más larga.

—¿Ya está? —Le mostró su carita de incredulidad Elsi.

—Oh, no, perdona —se excusó—. Es mucho más extensa, desde luego.

—Siga —le pidió.

Elsi, has de saber que vivir representa ir siempre hacia delante, aprovechar cada momento, cada oportunidad y cada necesidad. Tú también lo harás dentro de unos años. Las personas y las muñecas estamos hechas de sentimientos y emociones que hay que ir gastando poco a poco. Son nuestra energía vital.

Después de estos años a tu lado, soy la muñeca más feliz que existe, porque mi energía rebosa. Quiero que estés contenta, y mucho, porque todo cuanto soy te lo debo a ti. Tú me has cuidado, me has enseñado, me has querido y me has hecho ser una buena muñeca. Ahora, cuando he estado preparada para iniciar mi nueva vida, la partida ha sido triste por dejarte pero hermosa porque gracias a ti soy libre para hacerlo.



—No volverá —le interrumpió Elsi.

Franz Kafka escogió las palabras con tacto, y aún más el tono en que las pronunció.

—Me temo que no, porque parece estar tan contenta...

—Sí —asintió convencida.

—Por esa razón ha estado contigo tanto tiempo.

La niña miró la carta. Su interlocutor reanudó su lectura:

Londres es una ciudad muy bonita, y para mí ha sido maravilloso descubrirla.

Ahora mismo te escribo desde su corazón, Picadilly Circus, después de pasear en barco por el Támesis y de caminar un rato por Trafalgar Square. Esta noche asistiré a una representación teatral en el Soho...

Continuó leyendo.

Londres, las idas y venidas de Brígida.

La muñeca más activa y rápida del mundo.

Elsi no se perdía detalle de la larga, muy larga carta escrita por Brígida para que ella no se sintiese triste ni volviera a llorar al recordarla.

h

Al concluir la lectura de la carta, Franz Kafka pensó en lo efímero que, de pronto, parecían los resultados, frente a las muchas horas invertidas en aquella sencilla redacción.

Ahora todo dependía de Elsi.

La niña continuaba mirando al suelo.

—¿Qué tal? —le preguntó distendido.

—Bien —ladeó la cabeza mostrando la ambigüedad que la invadía.

Seguía luchando entre su enfado y su tristeza, el conformismo y la rebeldía que le producía sentirse víctima de tan injusta situación.

—Toma —le entregó la carta.

Elsi la sostuvo entre las manos.

—Parece feliz —acabó aceptando.

—Mucho.

—Y contenta.

—¿Por qué no habría de estarlo?

—Porque sin mí...

Franz Kafka se mordió el labio inferior. No tenía ni idea de psicología infantil. Lo único que sabía, por instinto, era que los más pequeños rezumaban egoísmo.

Formaba parte de su propia inocencia. Egoísmo por precaución, por supervivencia, por necesidad. Lo querían todo, amor, caricias, atención. Ser el centro del Universo y que el mundo girase a su alrededor era tan natural como que la comida apareciese, por arte de magia, en la mesa todos los días.

—Ya lo has oído, ¿no? Lo más importante es que es feliz gracias a ti.

—No lo entiendo —reconoció la niña.

—Por mi larga experiencia como cartero... —una vez más buscó las palabras adecuadas a la situación—. Verás, hay muñecas que nunca se van de

viaje. Tienen miedo. Se quedan con sus niñas, pero no por amor hacia ellas, al contrario: se quedan por ese miedo. Y el miedo es algo malo y perverso que limita la libertad. Quien tiene miedo no vive, agoniza. Brígida ha tenido en ti a la mejor maestra. Tú le enseñaste a no tener miedo y a enfrentarse a la vida cuando ha sido necesario. Por esa razón pienso que deberías sentirte muy orgullosa.

—Lo estoy —asintió con toda vehemencia.

—Pues no lo parece —lamentó el insólito fabulador.

—Es que aún me cuesta creer que no esté a mi lado —Elsi hablaba despacio, abriéndole su corazón—. Anoche la eché mucho de menos, cuando me acosté, porque solía dormir abrazada a ella. Y esta mañana tampoco hemos podido jugar juntas. Además, no sé por qué, siento que es un secreto mío y no le he contado nada a mamá. No sé siquiera si he hecho bien. Fue mamá la que me regaló a Brígida cuando nació.

—Las madres suelen mostrarse poco predispuestas a creernos.

—¿Usted también tiene madre?

—Claro, y tres hermanas. También tuve dos hermanos pero murieron siendo muy niños. Yo soy el mayor.

—¿Tuvo una muñeca que se fue de viaje?

Hizo memoria.

—Lo que yo tuve fue un soldado de plomo.

—Entonces se iría a la guerra.

—No, no, se fue de viaje. Exploró muchos sitios, el Polo Norte, el Polo Sur, Alaska... La última carta que recibí provenía de algún lugar de China.

—Señor cartero...

Se encontró con aquellos ojos de mirada limpia que lo atravesaban.

—¿Sí, Elsi?

—¿Puedo escribir yo a Brígida?

La angustia se apoderó de él.

No había pensado en ello.

Prueba de que con los niños no se podía, y a veces iban muy por delante de los mayores.

—Me temo... que no —mantuvo su lado más imperturbable.

—¿Por qué?

—Porque si es una muñeca viajera no se quedará en Londres.

—¿Y cómo sabemos que es una muñeca viajera?

—Porque se ha ido a Londres en lugar de quedarse a vivir aquí.

—Ah —parpadeó—. ¿Y adónde irá después?

—No lo sé —reconoció.

—Pero mañana me lo dirá en su carta, ¿no?

Franz Kafka se quedó con la mente en blanco y el corazón encogido. La carta había sido un parto. Con dolor. Un parto cargado de espinas con la mejor de las intenciones: devolver la paz al alma de una niña herida.

Ahora, lo que ella le pedía era...

Los ojos de Elsi seguían fijos en él. Unos ojos transparentes, hermosos, llenos de sincera entrega. La niña creía. Se había transformado en el cartero de muñecas.

Creía y eso era más de lo que muchos adultos podían esperar de los niños.

Mañana.

Otra carta.

—Sí, Elsi —le pasó una mano arrebatada y dulce por la cabeza—. Claro que mañana habrá otra carta de Brígida contándote dónde está y cómo le va en su nueva vida.

i

Regresó a su casa nuevamente angustiado.

Una carta representaba casi una aventura. Otra carta marcaba un camino, una peligrosa senda por la que, en caso de internarse, bordearía el peligro.

Aquella segunda carta era un puente.

¿Cuántas cartas necesitaría Elsi para ser feliz?

¿Y cuántas Brígida para liberarse?

Si no la escribía, jamás podría regresar al parque Steglitz. ¿Cómo iba a ser capaz de encontrarse a Elsi días o semanas después fingiendo indiferencia, o envuelto en una dolorosa mentira? Sería incapaz de enfrentarse a su nueva amiga con la paz y la serenidad necesarias. Le habría fallado.

Pero si la escribía se metería en unas arenas movedizas que se lo tragarían muy lentamente.

Llegó a su edificio, entró en el vestíbulo. El azar quiso que se tropezara con la señora Hermann y su hija bajando la escalera. La saludó cortésmente, inclinando la cabeza. Se había quitado el sombrero nada más abandonar la calle, así que no forzó el gesto. La mujer correspondió a su saludo mirándolo de la misma forma sospechosa que el día anterior. La niña, de la mano de su madre, era una copia en rubio del ángel del parque Steglitz. No llevaba ninguna muñeca con ella.

El intercambio fue rápido.

Mientras subía la escalera, oyó la voz de la pequeña, alta y clara, justo en la puerta de la calle:

—Es raro, ¿verdad, mamá?

—¡Chsss...! —la reprendió—. ¡Te va a oír!

Contó los peldaños. Solía hacerlo. Cada vez se fatigaba más. La angustia, sin embargo, no provenía en esta ocasión de su tuberculosis, sino de aquel

nuevo reto.

La segunda carta de Brígida.

Recordó la despedida de Elsi en el parque unos minutos antes. La había visto sonreír por primera vez. Todo un regalo.

—Gracias, señor cartero.

—No hay de qué, Elsi.

—Hasta mañana.

La primera carta había sido un modelo de exquisitez, estaba seguro. Le costó mucho redactarla, por eso se sentía orgulloso de ella. Hizo distintos borradores, estudió el tono, cambió palabras, calculó la intensidad, buscó un lenguaje sencillo y comprensible...

—Franz, ¿hablas en serio? —Se detuvo en un descansillo, preocupado.

Hablaba en serio.

—¿Vas a seguir con eso?

Iba a seguir.

Él, un hombre adulto, escritor complejo, escribiendo cartas de una muñeca a su dueña.

Estaba metido hasta las orejas en una trampa de la que no sabía cómo escapar y que no podía dejar a medias una vez iniciado el juego. Si no se presentaba al día siguiente en el parque, sería peor.

Llegó a su rellano, abrió la puerta y se encontró con Dora esperándolo.

—¿Cómo te ha ido?

—Oh, bien.

—¿Se ha quedado satisfecha?

—Sí, mucho.

—Bueno, por lo menos la has hecho feliz —Dora le echó los brazos al cuello y lo besó en los labios—. Eres un loco maravilloso y eso me encanta.

No sabía si decírselo, pero tenía que hacerlo. Volvía a sentir aquella fiebre.

—Hay un problema.

—¿Cuál? —Su compañera abrió los ojos.

—He de escribir otra carta.

—¿Por qué? —Le mostró su sorpresa.

—Porque Brígida es una muñeca viajera, no puede recibir cartas de Elsi,

y ella espera que le cuente cómo le va en su nuevo destino.

—¡Franz!

—Lo sé —aceptó el compromiso de sostener su mirada—. Pero ¿qué querías que hiciese? Ella confía en mí.

Confiar.

—No la conoces de nada, y ella a ti tampoco.

—Da igual, es una niña. Lo único que cuenta es eso. El tema se ha convertido en una responsabilidad mía.

—Creía que ibas a continuar con tu libro...

—¿Cómo quieres que ahora piense en escribir cualquier otra cosa?

Dora se cruzó de brazos. Llevaban poco tiempo juntos, pero lo conocía muy bien.

Los problemas, de su salud y otros, no hacían sino unirles más. Conocía aquella mirada, aquella determinación, la intensidad de la energía que parecía desbordarle el alma cuando se apoderaba de él.

—Así que vas a meterte en tu estudio —suspiró.

—Sí.

—¿Y desde dónde escribirá Brunilda...?

—Brígida.

—Da igual, ¿desde dónde escribirá Brígida esta vez?

Franz Kafka lo pensó unos segundos.

Luego sonrió.

—¿Qué tal París? —propuso.

j

La aparición de Elsi se adelantó por lo menos dos minutos esa mañana. No importó, porque él ya llevaba allí no menos de diez, en el mismo banco, a la sombra, aguardando impaciente, mientras el resto de paseantes perseguía el tímido sol que jugaba al escondite con las nubes que sembraban el cielo de malos presagios.

El día anterior había llegado serio, expectante. En esta ocasión, todo lo contrario.

Sonreía.

Detuvo su carrera a través del parque y repitió uno de los gestos más característicos de su joven personalidad: fijar aquellos ojos firmes y dotados de una intensidad especial en los suyos.

Ojos desprovistos de contaminación alguna, limpios y puros.

—¿Ha llegado hoy carta?

—Sí.

La mirada se le iluminó aún más.

—¿De dónde es?

—De París.

—¡París! —lo repitió en un gozo sublime, una especie de canto.

—¿Sabes dónde está París?

—¡Claro, en Francia! ¡Mis padres han estado allí! ¡Hay una torre muy alta, de hierro!

Ya estaba sentada a su lado, esperando. Franz Kafka extrajo la segunda carta de Brígida del bolsillo de su chaqueta. Tampoco en esta ocasión faltaba el menor detalle. El sello era francés y había sido despegado de un sobre remitido desde Francia. Con la misma letra clara y pulcra se leía el nombre del destinatario:

Señor cartero de muñecas, esta carta es para Elsi.

Elsi le dio la vuelta.

Champs Elysées, Paris

Leyó.

—¡Qué suerte tienes de que tu muñeca piense tanto en ti y te escriba! —
observó Franz Kafka.

—Brígida es una muñeca muy buena.

—Desde luego.

Elsi abrió el sobre y extrajo las dos hojas de papel. Dos. El secreto autor del texto sonrió para sí. Lo cierto es que, ahora, se sentía cómodo. La pluma había volado con mucha más soltura y las palabras se habían encadenado como una larga trenza de emociones y sentimientos.

Brígida estaba dentro de su cabeza.

—¿Me la lee?

—Claro.

Ninguna pregunta comprometida acerca de la pasmosa celeridad con la que llegaban las cartas desde cualquier lugar hasta Berlín. Ninguna duda o interrogante. Por lo menos ésa era una parte del encanto infantil mejor aprovechada por los adultos: su credulidad.

Bastaba con ser convincente.

Querida Elsi

Había meditado mucho sobre la mejor forma de comenzar la carta, y estaba seguro de que aquélla era un acierto.

¿Sabías que el cielo de París es del color de tus ojos cuando ríes y que las nubes son como los melocotones que se te forman en las mejillas? Pues así es. ¡Estoy en París!

¿Puedes creerlo? En esta segunda etapa de mi viaje he querido

navegar por el Sena, ver el museo del Louvre, pasear por los Campos Elíseos y subir a la Torre Eiffel, la torre de hierro... Espero que no te aburras con mis aventuras, porque voy a contarte todo lo que he hecho. ¿Estás dispuesta?

—Sí —dijo Elsi respondiendo a la pregunta de la carta.

Franz Kafka siguió leyendo.

Ya no sentía el miedo ni la inquietud del día anterior. Ya no experimentaba ninguna otra cosa que no fuera serenidad y emoción. Si había escrito aquellas palabras atrapado por el magnetismo de la historia, si se había volcado en cada uno de los sentimientos que sentía, ahora era capaz de leerlas con la misma devoción. Lo fundamental en una relación como aquella era la complicidad.

Elsi y él eran cómplices.

Leyó y leyó, marcando cada inflexión, creando misterios en la narración, aprovechando el tono y lo fascinante de cada nueva experiencia. Brígida era muy singular. No sólo le apetecía la cultura, como lo probaba que visitara el museo del Louvre, sino también descubrir la animada vida nocturna parisina. La muy tunante había ido nada menos que al Moulin Rouge, a ver un espectáculo de baile. Y a juzgar por su entusiasmo al describirlo, se lo había pasado la mar de bien.

Además, su día y sus horas debían de ser extensibles. Subir a la Torre Eiffel, pasear por el Bois de Boulogne, navegar por el Sena, recorrer los puentes que lo jalonaban o ir de compras apenas si le ocupó un tiempo prudencial. También cenó en Maxim's, fue a la Ópera y durmió en la mejor habitación del hotel George V.

Una maravilla.

La descripción de la última moda parisina tampoco faltaba en su relato.

Dora estaba al tanto.

La parte final de la carta era, según su criterio, otro acierto:

Espero que el señor cartero que te entrega mis cartas sea una persona amable y buena, como lo son todos los carteros de muñecas —se fijó en que Elsi asentía con la cabeza—. Y espero que tú te estés

portando muy bien ahora que no estoy yo, que comas como es debido y no hagas enfadar a...

—Parece mi madre —suspiró la niña.
Franz Kafka se mordió el labio inferior.
Tal vez se hubiera pasado un poco.

Te quiere mucho, tu amiga Brigida.

Decidió despedirse.

La pequeña continuó tal cual, feliz y orgullosa, pero todavía con aquel atisbo de tristeza que a veces florecía en su rostro. Por ella, la carta habría podido tener diez páginas.

Miró a la niña que pasaba por delante de ellas en ese momento, empujando un cochecito con una muñeca en su interior. Una mujer con aspecto de institutriz velaba por su seguridad.

—Qué suerte poder viajar —musitó Elsi.

—Tú también lo harás algún día si lo deseas —dijo Franz Kafka.

—¿Usted ha viajado?

—Un poco —pensó en los hospitales y lugares de reposo visitados en los últimos tiempos a causa de su enfermedad, diagnosticada casi seis años antes: Matliary, Spindelmühle, Planá, Müriz... Y le habían hablado de sanatorios muy buenos, el de Wiener Wald, el Kierling, la clínica Hajek—. Un poco, sí.

—¿Por su trabajo de cartero?

—No, antes de eso.

—¿Y qué hacía?

Lo meditó un par de segundos. Un cartero de muñecas no podía trabajar en una compañía aseguradora, el Instituto de Seguros para Accidentes de Trabajo. Un cartero de muñecas que recibía cartas de una muñeca viajera llamada Brígida tenía que haber sido, por lo menos...

—Era maquinista de tren.

—¿Sí? —Los ojos de Elsi se convirtieron en lunas.

—Conducía una extraordinaria máquina de vapor, sí —lo anunció

orgullosa—. Hacía sonar el silbato cada vez que entraba o salía de los pueblos y ciudades.

—¿Era emocionante?

—No estaba mal.

—¿Y por qué lo dejó?

—El humo. Por eso a veces tengo tos. Y también porque con los años ya me aburría. Iba siempre por el mismo camino, sobre los raíles. La vida tiene muchos caminos, Elsi.

—Brígida viaja en tren, en barco, en automóvil... ¿verdad?

—Ése es el espíritu de la aventura.

Dejaron de hablar el uno con el otro. Una niña de la misma edad que Elsi, como mucho unos meses mayor, llegó corriendo por la derecha. Ni siquiera se fijó en él.

—¿Vienes a jugar?

Elsi se guardó la carta en el bolsillo de la chaquetilla.

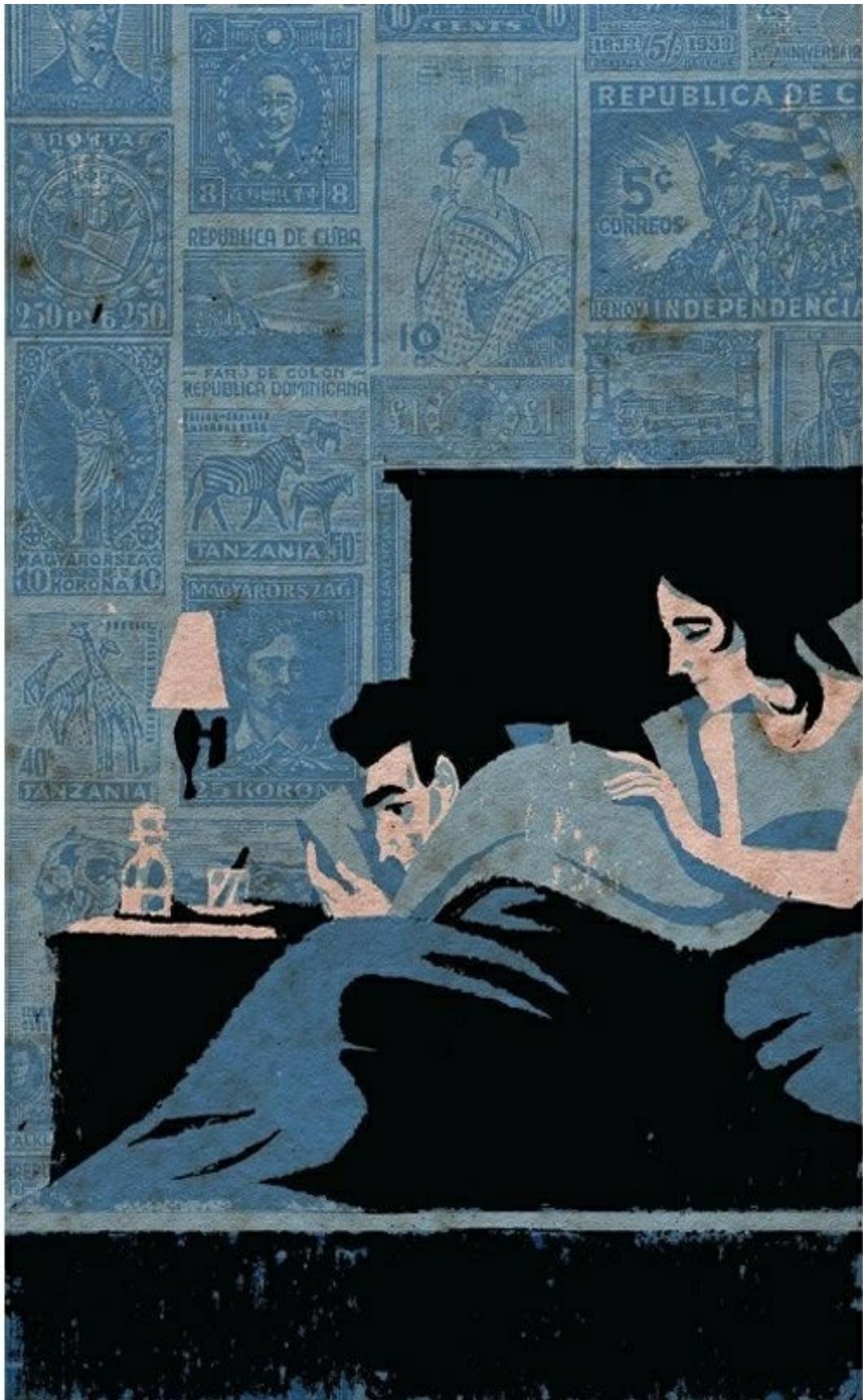
—He de irme —le dijo a su amigo el cartero.

—Claro.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Brígida tenía todo un mundo por delante.



k

De noche, en la cama, supo lo mucho que le iba a costar conciliar el sueño.

La culpa no sólo era de la carta escrita a lo largo del día, sino también de aquel beso.

Se llevó la mano a la mejilla.

¿Por qué los besos de los niños tenían sabor?

Elsi se lo había dado antes de echar a correr con su amiga, repitiendo su gesto de la primera vez, rápido y afectuoso. Un beso de cariño, dulce, de rendido afecto.

Un beso que se había ganado a pulso.

Y quien es capaz de merecer un beso...

Se dio la enésima vuelta en la cama.

—¿No puedes dormir? —Escuchó la voz de Dora a su lado.

—Oh, sí, sí, perdona.

—¿Te preparo algo?

—No, en serio.

—¿Un té?

—Duerme, no seas tonta.

—No serías tú si no te involucraras hasta el fondo, cariño —musitó la adormilada voz de su compañera.

Hasta el fondo.

No le habría ido nada mal un té, o un calmante. Cuando le costaba dormir se sentía presa de una desazón mayor que la del insomnio en sí. «¡Ah, los niños son traidores!», pensó. «¡Sorprenden con lo mejor y más puro de sí mismos! ¡Pueden dar afecto con una facilidad que asusta!». Y en un mundo siempre zozobranante, que se movía al filo del egoísmo, la incertidumbre y la crueldad humana, cualquiera sabía que eso era algo peligroso. Un niño igual

mataba con su sinceridad como atravesaba los gruesos muros de la conciencia con su desparpajo.

Abrió los ojos y miró la oscuridad.

Nadie veía en la oscuridad, pero él sí.

La oscuridad era una pantalla, como la de los cinematógrafos.

Unos meses atrás había pedido a su amigo Max Brod que, cuando muriera, destruyera toda su obra, todas aquellas páginas escritas y nunca publicadas.

Ahora se daba cuenta de que las cartas de Brígida a Elsi quedarían fuera de esas llamas.

Qué tontería.

¿Importaba mucho?

No las escribía él, sino Brígida.

La tercera procedía de Viena. Quizás le había salido menos vital, menos entusiasta que la de París o, incluso, la de Londres. Claro que Viena era una ciudad adusta y pragmática, noble y aburrida. ¿Se había dejado algo? Podía levantarse para echarle una última ojeada, o reescribirla por la mañana, antes de su cita en el parque Steglitz. La simple idea de enfrentarse de nuevo al papel le hizo rebelarse. No, ni hablar. La dejaría tal cual. La siguiente la escribiría... desde Venecia, sí, maravilloso, una ciudad perfecta para dejar volar la imaginación.

Brígida en San Marcos, Brígida en el *vaporetto*, Brígida en góndola. Fascinante.

La hospedaría en el marco más bello, el Hotel *Danieli*. Por alguna parte tenía fotos. Y al siguiente día... ¡Moscú! Sin duda un gran contraste. Luego seguiría por España, Grecia, Hungría... ¿Sólo el Viejo Continente? No, ¿para qué limitarse?

Brígida cruzaría el mar. Los misterios de África, el exotismo asiático, la fascinante América de norte a sur.

¿Por qué estaba tan excitado? ¿Se acababa de volver loco? ¡Sí, de atar! Si alguien se enteraba de su historia con Elsi no necesitaría morir de tuberculosis.

Le encerrarían directamente en un manicomio.

Otra vuelta en la cama.

Un gemido de Dora.

—Voy a prepararte una tila —se enfurruñó ella.

—No, perdona, lo siento...

Su compañera ya caminaba en dirección a la cocina como una sonámbula, envuelta en su somnolencia.

Tercera ilusión:

El largo rumbo de la muñeca viajera

I

Dos semanas.

Catorce cartas.

Brígida recorría el mundo a una velocidad de vértigo, y sus aventuras eran cada vez más insólitas, más hermosas, más dignas de una fascinante odisea para una muñeca y de una fantasía de escritor que de la realidad, por remota que pudiera ser. Y lo extraordinario del caso, lo que más maravillaba a Franz Kafka, era la forma en que Elsi escuchaba el relato de esas experiencias, emocionada, plena e identificada, cada vez más cómplice de que su querida Brígida fuese capaz de tan singulares alardes.

Brígida había cruzado el extenso desierto del Sahara en una caravana de camellos, explorado la India, recorrido la gran muralla china, nadado en el mar Muerto, escalado las altas cumbres del Himalaya, volado en globo... Brígida había estado en Pekín, en Tokyo, en Nueva York, en Bogotá, en México, en La Habana, en Hong Kong... Brígida era famosa. Saltaba de un continente a otro en un abrir y cerrar de ojos. Ya no importaba ninguna lógica. En sus manos y su imaginación, la muñeca había conseguido que el mundo fuese un pañuelo. Ni Julio Verne la hubiese creado más fabulosa ni el mundo se le habría resistido en menos de ochenta días.

Dos semanas.

Catorce cartas.

Franz Kafka estaba impresionado.

Había tenido que comprar sellos usados en una filatélica y visitar un anticuario para mantener con dignidad el largo viaje de Brígida. Las cosas, o se hacían bien o no se hacían. Dora estaba medio fascinada y medio enfadada. Desde que Elsi había entrado en su vida, no hacía otra cosa que escribir aquellas cartas, con una voluntad y una dedicación que ya querría para sus cuentos o novelas. El enfado de Dora se debía a su catárquica

concentración en pro de aquella correspondencia unilateral. La fascinación en cambio era debida a la voluntad depositada en su empeño. Su compañera la valoraba.

De noche, cuando lo abrazaba en la cama, le susurraba:

—Sólo a ti se te habría ocurrido algo parecido, cariño. Te quiero.

¿Salvar a una niña no era como salvar al mundo?

El primer dolor solía ser duro y amargo. El primer choque con la realidad, el despertar. Elsi jamás habría olvidado la pérdida de su muñeca. Ahora, en cambio, brotaba en ella aquel orgullo...

Incansable.

¿O no?

Porque, de pronto, esa mañana...

Franz Kafka examinó de nuevo su reloj, y el de la torre. Ningún error. Pasaban diez minutos de la hora habitual a la que Elsi aparecía corriendo por el extremo del parque, a su izquierda. Diez minutos, la mayor de las tardanzas. ¿Significaba eso que su interés había muerto de repente? ¿Y si se encontraba enferma? ¿Qué haría Brígida en tal caso, seguir escribiendo día tras día para cuando se recuperase?

Dos semanas, catorce cartas, y aquellos diez minutos bastaban para enfrenarlo a una certeza desconocida hasta ese momento.

¿Hasta cuándo sería el cartero de muñecas?

¿Hasta cuándo escribiría la muy viajera Brígida?

Once minutos, doce.

Franz Kafka bajó la cabeza. Se sintió más triste y desilusionado que Elsi la mañana de la irreparable pérdida. Recordó paso a paso la escena de la que había formado parte veinticuatro horas antes sin hallar en ella nada que indujera a sospechar del cansancio de la niña. Había disfrutado mucho sabiendo cómo Brígida navegó por el Nilo y se internó valiente y audazmente por los pasillos secretos de las pirámides. Tanto como él escribiéndolo. De hecho le entraron unos deseos enormes de visitar Egipto.

Quince minutos.

Se resignó a lo inevitable. Si se trataba de un resfriado, la pobrecilla lo estaría pasando tan mal como él, sin posibilidad de avisarlo. Si por el contrario era el cansancio, el fin de su interés... Por lo menos habría

cumplido con su tarea, impidiendo que una enorme herida presidiera la existencia de Elsi a causa de la pérdida de Brígida. Bastante había hecho con serle fiel dos semanas enteras.

—Podrás volver a escribir algo de provecho —se dijo.

¿Acaso no era de provecho la correspondencia de Brígida?

Tal vez tuviera más valor que cualquiera de aquellos relatos que nunca publicaría, y que estaban condenados al fuego y al olvido cuando Max Brod cumpliera con su voluntad tras su muerte.

Se sentía triste.

Decepcionado.

Veinte minutos.

¿Por qué seguía esperando? Nada menos que él, Franz Kafka, un adulto, esperando a una niña de poquísimos años...

Iba a levantarse.

Entonces la vio, como siempre, corriendo desde el extremo del parque, más veloz y congestionada que otras veces. Corriendo como aquello fuese lo más importante de su corta vida.

Ningún olvido.

Allí estaba Elsi.

Franz Kafka sonrió aliviado

—¡Oh, lo siento de veras, señor cartero! —La niña casi se le echó encima al llegar a su lado—. Mi madre se encuentra indispuesta y he tenido que... ¡Pero está aquí, no se ha ido! —sus ojos brillaban intensos—. ¿De dónde es hoy la carta?

m

El mapa del mundo, de pronto, se le antojaba muy pequeño.

Lo examinó con detenimiento. Países, ciudades, maravillas. Las ilusiones no tenían límites. En el mundo de las muñecas no existían las fronteras, ni las razas, ni los problemas con las distintas lenguas. En el mundo de las muñecas, Brígida era la reina por obra y gracia de su libertad y por el afán de su dueña, siempre dispuesta a imaginarla feliz.

Una prolongación de sí misma.

Dora lo abrazó por detrás y le besó la cabeza, por entre el cabello enmarañado.

Franz Kafka sintió la caricia y el susurro de su voz hablándole casi al oído.

—Mañana bajaré al parque contigo para conocerla.

—No, prefiero que no.

—¿La quieres para ti solito?

—No es eso.

—¿Seguro que tiene pocos años?

La agarró por las muñecas y le hizo dar la vuelta hasta situarla a su lado. Entonces se apartó de la mesa y la sentó sobre sus rodillas. Dora era hermosa. A veces la comparaba con sus dos prometidas anteriores, Felice Bauer y Julie Wohryzek, y también con aquella joven de dieciocho años con la que tuvo el breve romance en el sanatorio de Hartungen en el que se trataba la tisis, o con Milena Jesenská, su dulce Milena, su mejor confidente, pero no había comparación posible. O quizás no la hubiese por ser la última, la que estaba ahora a su lado, mientras que las demás ya no existían más que en su recuerdo.

Una profesora de hebreo dedicada a él en cuerpo y alma en lo más duro de su descenso hacia la muerte.

—Cuando crezca romperé muchos corazones —predijo él.

—Ahora ya ha roto uno —Dora le pasó una mano por el pelo.

—Soy su cartero, no lo olvides.

Ella le hizo la pregunta más temida.

Y obligada.

—¿Hasta cuándo?

Franz Kafka se quedó pensativo. La demora de aquella mañana le había hecho comprender algunas cosas. Había tenido tiempo de meditar. Elsi no se cansaría jamás. Brígida era su muñeca, y cada carta un maravilloso juego y la posibilidad de seguir a su lado, unidas, compartiendo los días felices de su existencia. El final no estaba del lado de ella, sino de sí mismo.

Y no podía prolongarse demasiado.

El invierno podía ser muy duro.

—No puedes pasarte la vida así —continuó Dora ante su silencio.

—Ya lo sé.

—¿Entonces?

—Me siento bien, ¿sabes? Es algo muy extraño.

—Siempre es hermoso procurar la felicidad ajena.

—Es algo más que verla contenta. Yo sólo me metí en todo este lío para que aquel día no estuviese tan triste. Después se ha ido complicando.

—Ves en ella la hija que no tienes.

—No, no se trata de eso.

—Adquiriste un compromiso y pretendes llevarlo hasta las últimas consecuencias.

—¿Cuánto tarda en crecer una niña? —Sonrió.

—No lo sé —Dora lo acompañó en su sonrisa—. Creo que yo ya era así a los pocos días de nacer.

—¿Sabes qué me ha preguntado esta mañana?

—No.

—Que dónde estaban las otras cartas que se supone debía repartir.

—¿Y qué le has dicho?

—Que era una época de poco trabajo, y que sólo recibía la carta para ella por la mañana y la de otra niña llamada Renata por la tarde —suspiró con fuerza—. Pero el quid de la cuestión no es ése, sino que ya ha empezado a

hacer preguntas de difícil respuesta. Cualquier día querrá saber de dónde saca Brígida el dinero para viajar.

—¿Y qué le dirás?

—¿Que ha encontrado oro?

—¿Por qué no la casas?

Franz Kafka se quedó mirándola en silencio.

Ellos también habían hablado de casarse. Vivir juntos era motivo de rumores y comentarios malintencionados, en la vecindad y fuera de ella. Pero el padre de Dora jamás aceptaría que su hija se condenase junto a un escritor que llevaba un año jubilado anticipadamente debido a su enfermedad, detectada por primera vez la noche del 12 al 13 de agosto de 1917, casi seis años antes, cuando tuvo su primer ataque de hemoptisis, síntoma de una tuberculosis pulmonar.

—¿Se casan las muñecas? —preguntó.

—Brígida es capaz de todo, si tú lo quieres.

Un resquicio. Una ventana abierta.

Era escritor, así que tenía que encontrarle un final a la historia de la muñeca viajera.

Abrazó a Dora, apoyó la cabeza en su pecho y se quedó allí sentado, con ella en su regazo, un largo rato, arropado por su amor en el silencio.



n

Su voz fluía igual que un murmullo, rompiendo apenas el aire a su alrededor. Un riachuelo que serpenteaba por los meandros de la atención de Elsi, recostada con lánguida pereza a su lado. Cualquiera hubiera creído, al verlos, que él le contaba un hermoso cuento. Y no era un cuento. Era la carta, personal y emocionada, de una extraordinaria muñeca, escrita desde un remoto lugar en el mismo corazón de África.

Porque Brígida se encontraba de safari por Tanzania.

... Así que en lo que a mí respecta, sería incapaz de matar a un león o un elefante. Incapaz de todo punto. ¿Para qué destruir una vida? Son tan hermosas estas bestias salvajes, Elsi. Tan hermosas y nobles en su libertad. Es tan pródiga la naturaleza con sus hijos. A veces me doy cuenta de que el mundo es el lugar más bello que existe, y comprendo lo afortunados que somos nosotros por vivir en él. Hemos de cuidarlo y protegerlo, para legarlo a nuestros descendientes, de la misma forma que un día lo recibimos de nuestros mayores. No somos más que huéspedes momentáneos de su generosa grandiosidad.

Hizo una pausa para carraspear. Eso lo obligó a toser. Apartó la cabeza hacia el otro lado y tuvo mucho cuidado de preservar a Elsi. Había llovido y la humedad flotaba en el ambiente, impregnándolo todo, saturando sus pulmones. Por esta razón sostenía la carta con una mano y el pañuelo con la otra.

Las nubes eran muy negras, y se apretaban más unas con otras.

Volvería a llover.

Pero en Tanzania brillaba el sol.

No sé si te has dado cuenta, Elsi, pero con ésta son ya diecisiete las cartas que te he mandado desde todos los lugares en los que he estado. Cuando miro hacia atrás me doy cuenta de que ha sido como un sueño, ¿no crees? Te imagino con tu amigo, el cartero, sentada en un banco del parque Steglitz, dejando volar tu imaginación para acompañarme en mis peripecias a la búsqueda de mis sueños.

Y es que los sueños son la base de la vida. Sin sueños no somos más que cuerpos perdidos que vagan por lo cotidiano. No olvides nunca que soy libre porque tú fuiste libre y me comunicaste esa felicidad. Algún día, cuando deje de escribirte...

—¿Por qué va a dejar de escribirme? —Se envaró Elsi.

—No sé, déjame que siga.

—Está triste —musitó con el rostro atravesado por un rictus de seriedad.

—Yo no lo creo así.

—Pues lo está —insistió la niña.

—¿En qué lo notas?

—Habla de cosas diferentes.

Era una buena carta. De las más bonitas que había escrito. Y seguía el plan diseñado para poner punto final a la correspondencia de Brígida.

Sin embargo... Bueno, tal vez sí.

Rezumaba el prematuro aroma del adiós.

Y ella lo había captado.

—Una persona no siempre tiene ganas de reír, o de cantar. A veces se detiene y, simplemente, se siente en paz. ¿No te ha dicho al comenzar que está en mitad de la sabana africana, rodeada por esa inmensa tierra salvaje y maravillosa? Es como si la oyeras suspirar, ¿no te parece? Yo creo que es una carta muy hermosa.

—Lo es, pero suena distinta.

—Creo que Brígida está creciendo —repuso con tacto—. Y tú también, si eres capaz de darte cuenta de esa diferencia.

—¿Y qué ocurre cuando las niñas y las muñecas crecen?

«Se olvidan de que un día fueron niñas y muñecas», pensó.

Pero no se lo dijo.

—Lo hermoso de crecer es que cada día suceden cosas nuevas, y la vida es un regalo —agitó las hojas de papel—. Te lo dice Brígida.

—Nunca hubiera imaginado que Brígida se hiciera mayor —repuso llena de solemnidad.

—¿Y tú?

—Mamá dice que ya lo soy —levantó la barbilla con orgullo.

—Entonces has de apreciar el auténtico corazón de lo que te cuenta tu muñeca.

Elsi volvió a recostarse a su lado. Le agarró el brazo con sus dos manos y apoyó la cabeza en él. Miró la hoja llena de cuidadas palabras y letras entrelazadas con mimo, invitándolo a continuar.

Algún día, cuando deje de escribirte, las dos sabremos que la una sin la otra no habríamos llegado nunca tan lejos. Viviremos cada cual en la memoria de la otra, y eso es la eternidad, Elsi, porque el tiempo no existe más allá del amor. Sé que lloraste cuando me fui. Pero yo quiero que rías y cantes y pienses siempre que el futuro no es un problema por resolver, sino un misterio por descubrir. Hay lugares en el mundo que cambian a las personas, y África es uno de ellos. Espero que las personas nunca puedan llegar a cambiar esos lugares. Desde el fondo de mi corazón, esta noche estrellada, pienso mucho en ti y envidia lo que te espera...

Por el rabillo del ojo vio cómo Elsi sonreía.

«¡Bien!», gritó su alma.

Quedaban apenas unas líneas, así que continuó la lectura antes de que las primeras gotas de lluvia emborronaran la estupenda carta enviada por Brígida desde Tanzania.

0

Aquella mañana el que llegó tarde fue él.

Casi quince minutos.

El día anterior había sido complicado. Malestar, poca concentración, la urgencia de una salida acompañando a Dora... Y otra noche de parcial insomnio. Nada bueno para su salud. Había terminado la carta apenas unos minutos antes, tan febril como siempre, y aunque era más corta que otras, rezumaba una no disimulada alegría, la compensación justa.

Elsi le esperaba de pie. Se quedó quieta al verlo aparecer y no se sentó hasta que lo hizo él. Sus excusas fueron banales. La niña nunca le preguntaba por él.

¿Qué más daba? Los menores se imaginan la existencia de los demás según a su propia existencia. Para ella lo esencial eran las cartas. Vio el sobre que asomaba por el bolsillo de la chaqueta de su cartero y eso fue suficiente. La mañana era muy alegre, sin nubes, y el calor apretaba. Su vestido azul con encajes blancos la convertía en una deliciosa mujer en miniatura.

Como siempre, Elsi recibió la carta con emoción y comprobó el remite.

—Sigue en Tanzania —le hizo notar con extrañeza.

—Sí, es curioso —convino él.

—Nunca ha estado dos días seguidos en un mismo lugar.

Elsi abrió el sobre, extrajo la solitaria hoja de papel y se la entregó siguiendo el ritual de cada día. Franz Kafka comenzó a leer intentando no perder de vista las reacciones de su compañera.

Querida Elsi, hoy me siento muy feliz, radiante, como si mi cuerpo fuese una fiesta y en mi cabeza tocara una banda de música. Me gustaría que esta carta fuese sonora, para que pudieras escuchar mi voz y los latidos de mi corazón, para que bailaras conmigo. Es

tanto lo que quiero contarte, y tan intenso lo que siento, que ahora mismo no sé por dónde empezar.

—Ayer estaba triste —recordó la niña.

¿Y por qué estoy así? ¡Pues porque me he enamorado!

¡Oh, sí, Elsi! ¿Puedes creerlo? ¡Me he enamorado! —Lanzó una rápida mirada justo a tiempo de ver la forma en que su amiga reaccionaba, alzando las cejas ante la noticia, pero sin dejar de leer aquellas líneas llenas de gozo—. ¡Ha sido todo tan rápido, tan hermoso y fascinante que ni yo misma sé cómo explicar esta transformación! Ayer contemplaba mi existencia con la paz y la serenidad del paso del tiempo, y hoy parece que de la Brígida que fui hace apenas un día no queda más que un recuerdo perdido en mi propia memoria. Pero lo esencial no es el cambio en sí, sino el descubrimiento del amor, porque, sin ti, notaba que una parte de mi alma estaba vacía. Tú me diste todo el amor que he tenido en la vida, el único que había conocido, y no he sabido lo mucho que lo echaba de menos hasta que ahora ha aparecido él. Por esta razón me siento completa de nuevo.

Franz Kafka dejó de leer un instante.

Elsi mostraba una sonrisa parecida a la de la misteriosa Mona Lisa.

—Qué sorpresa, ¿no te parece? —Tanteó el terreno.

—Ahora sí que es una mujer —dijo la niña.

—¿Te alegras?

—Claro —le hundió las piedras negras de sus ojos—. Yo la enseñé a ser feliz.

Ocultó su propia sonrisa. También detuvo el gesto de acariciarla. De haber tenido una niña le habría gustado que fuese como Elsi. Aquellos cuentos de hadas escritos tiempo atrás hubieran tenido un mayor sentido.

—¿Dice quién es él? —preguntó ella.

—Oh, sí, ahora viene esa parte —se concentró en la carta—:

Sigo en Tanzania, en el cráter de Ngorongoro, que es también la más fabulosa reserva de animales salvajes que existe, porque Gustav es explorador, el hombre sin duda más fascinante que jamás haya conocido. Ha viajado por toda África, siguiendo el curso de sus ríos, escalando sus cumbres, explorando tierras vírgenes, dejando su huella por donde pasa. Los nativos lo quieren y lo respetan. Te preguntarás cómo lo he conocido y yo misma creo que ha sido de la forma más novelesca: caminaba con mis portadores por un sendero cuando un viejo elefante, que sin duda se dirigía a su cementerio para morir, se cruzó en nuestra marcha. Los portadores se asustaron tanto que echaron a correr, y yo, sola y muerta de miedo, creía llegada mi hora, y entonces apareció él, a caballo. No sólo me subió a su grupa con una facilidad pasmosa sino que ahuyentó al elefante. Es alto y hermoso, Elsi. Sus ojos son limpios como este cielo africano, y su alma tan noble como la de las estrellas que de noche nos iluminan. Pasamos las horas hablando hasta que de pronto callamos, nos miramos a los ojos y...

—¿Qué? —le instó la niña.

—No lo dice.

—¿Ah, no?

—Bueno, cuando una persona no termina una frase es porque piensa que la otra capta su sentido y no hace falta decirlo con palabras.

—¿Se besaron? —La carita de Elsi brillaba.

—Eso parece.

—Entonces ahora sí que es muy, muy feliz —asintió rotunda.

—Eres una romántica.

Se encogió de hombros.

La carta continuaba con la delirante fantasía de Brígida ante la aparición de su amor, pero ahora no había prisa en concluirla. Elsi degustaba el placer de aquella alegría.

Su muñeca se había enamorado.

¿Quién podía decir que la vida no era perfecta?

P

Elsi se había marchado hacía un par de minutos.

Franz Kafka permaneció en el parque, degustando aquella sensación tan curiosa.

Por un lado, felicidad por el trabajo bien hecho. Por otro, el placer de su oficio muy bien entendido. Era un alquimista de palabras y emociones, un mago de la naturaleza humana, capaz de convertir aquella correspondencia tan y tan peculiar en algo familiar y normal. Eso le producía un gran optimismo. Había sido un largo camino de casi tres semanas, carta a carta, para curar una herida y permitir que la vida se mantuviera armónica. Mejor aún: permitir que fluyera como los ríos africanos que surcaba Gustav, el explorador.

El toque preciso.

Iba a levantarse, mentalmente inmerso ya en la preparación de la siguiente carta de Brígida, cuando ella apareció de repente.

Era una mujer atractiva, elegante aunque discreta. Vestía con la sencillez de una prudencia reflejada también en sus gestos y en sus facciones reposadas. Llevaba el cabello recogido en la nuca y un sombrerito apenas convertido en adorno. Sus manos eran muy bonitas y surgían de los encajes de sus puños. La ropa moldeaba su figura de treintañera generosa y en la cúspide de su feminidad.

Se parecía tanto a Elsi...

—Caballero...

Franz Kafka se puso en pie. No supo qué hacer o decir, atrapado por la sorpresa, y dejó que fuese ella la que continuase.

—Usted no me conoce —dijo la mujer—. Soy la madre de Elsi.

—Claro —sonrió inclinando la cabeza—. Es un placer.

—¿Usted es el cartero de muñecas?

—Me temo que sí —acentuó aquella sonrisa cómplice.

—¿Le importa que hablemos unos segundos?

—No, claro que no me importa. Verá...

La mujer alzó su mano derecha, como para tranquilizarlo.

—No se preocupe, se lo ruego. He leído esas cartas.

Franz Kafka bajó los ojos al sobrevolar su ánimo un atisbo de vergüenza. No hacía falta mucho más, salvo una explicación.

—Aquel día, cuando Elsi perdió su muñeca, y me la encontré llorando de forma tan desconsolada... No se me ocurrió otra forma de consolarla que contar lo del viaje y esa primera carta que Brígida le había enviado. Después todo se complicó.

—Conozco a mi hija —afirmó ella—. Es persuasiva.

—Tremendamente persuasiva. Todo un carácter.

—Me llamo Bertha —le tendió la mano y él se la estrechó.

—Yo Kafka, Franz Kafka.

Se sentaron en el banco. Les sobrevino un silencio apenas trenzado sobre su primera calma. Le tocaba hablar a la madre de Elsi.

—No nos dijo nada entonces, ni los días siguientes a la pérdida, pero de vez en cuando, al oírla decir que su muñeca estaba en lugares de los que era casi imposible que hubiera oído hablar... Bueno, tampoco es que sospecháramos nada. ¿Cómo imaginar algo tan fantástico? Mi hija es de una maravillosa inocencia.

—¿Entonces cómo supo...?

—Anoche comentó que Brígida estaba triste y parecía preocupada. Le pregunté por qué y me habló de Tanzania, de que en su carta... Me quedé asombrada. Le pedí que me enseñara esa carta y, aunque primero se hizo la remolona, acabó dejando que la leyera. Imagínese mi estupefacción. Después supe que había más, algo que se desprendía de esa lectura y de los comentarios de ella. Poco a poco me dijo la verdad, es decir, su verdad: que Brígida se había ido de viaje y le mandaba al cartero de muñecas sus cartas.

—Debió de pensar que era obra de un loco.

—No. Cuando mi hija se acostó hice lo que cualquier madre sensata habría hecho, buscar las cartas y leerlas. Al concluir esa maravillosa experiencia no me quedaba otra cosa que seguirla esta mañana y esperar a

que se despidiera de usted.

—Mi intención era...

—Lo sé —lo detuvo—. Sus cartas son preciosas, señor.

—Gracias.

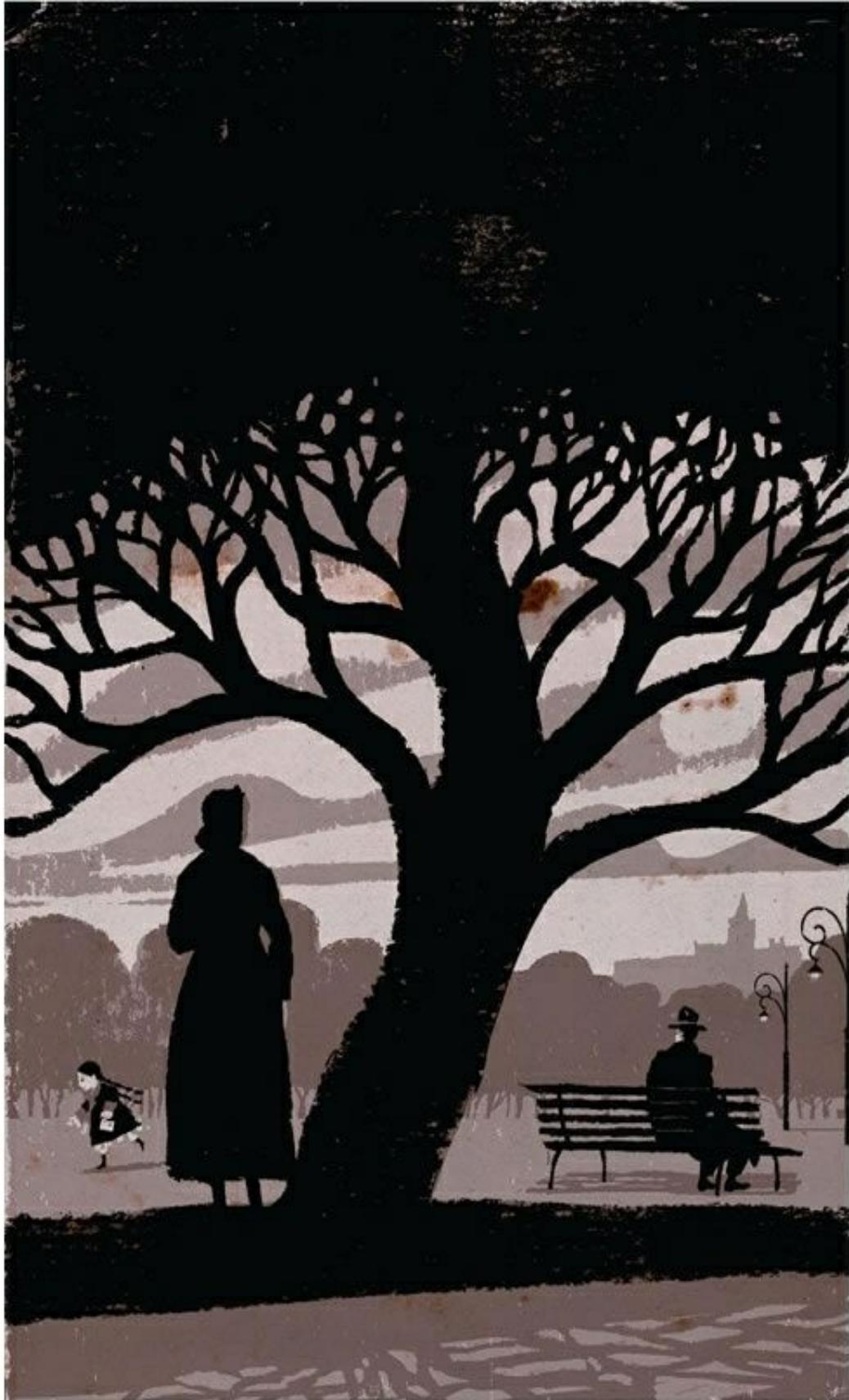
—¿A qué se dedica? ¿Quién es usted?

—¿Yo? Soy el cartero de muñecas —afirmó rotundo.

Quizás fuese mucho más raro aquello que empleado de una compañía de seguros, enfermo, o escritor.

—No se burle, por favor.

—No me burlo —fue sincero—. Creo que es el mejor trabajo que he hecho en muchos años, y el de mayor importancia. Nunca había escrito nada con tanto sentido.



—¿Es escritor?

Tardó un largo segundo en responder:

—Sí.

—Pero son casi tres semanas de esta insólita correspondencia. Es algo... sin duda asombroso.

—Brígida es una muñeca muy activa.

—¿Cómo terminará esto?

—Aún no estoy seguro, pero de momento ya tengo un plan.

—No podrá engañarla siempre, ni hacer que esto dure mucho más.

—Lo sé.

La madre de Elsi estudió sus rasgos, el halo cetrino de su palidez, la sombra menguante de su cuerpo. Debió de comprender su tragedia interior, su mundo oculto y personal. Parecía una mujer perspicaz.

—¿Tiene hijos, señor Kafka?

—No.

—Pero esas cartas son encantadoramente tiernas.

—No son las cartas —dijo él—. Es Brígida, y por supuesto Elsi. Tiene usted una hija estupenda.

—Gracias.

—Hoy nuestra muñeca viajera se ha enamorado —le anunció.

Bertha recibió la noticia con alegría, como si fuese un regalo.

—¿Final feliz?

—Sí —dijo Franz Kafka—, aunque, como sabe, si recuerda usted su infancia, las muñecas suelen ser volubles.

Cuarta sonrisa:

El regalo

q

Franz Kafka miró sus manuscritos.

La construcción, en el que estaba trabajando cuando se encontró a Elsi y que tenía paralizado, *El proceso*, *El castillo*, *América...* Su obra no publicada, su legado. Tan efímero como lo sería su vida.

¿Por qué no lo destruía ya todo?

¿Por qué esperar?

¿Por qué dejarlo en manos de Max Brod, pudiendo condenarlo él a las brasas, como ya hiciera en 1899, a los dieciséis años, con sus primeros escritos?

Tocó las cuartillas. Acarició los pliegues de papel llenos de palabras correctamente escritas con su letra pulcra y menuda. Allí estaba él. En cuerpo y alma. El corazón desnudo de cualquier escritor. Y sin embargo, de pronto, lo único que había tenido lógica en las últimas semanas eran las cartas de Brígida a Elsi. Aquellas novelas que jamás verían la luz, que nunca serían leídas, carecían de otro sentido que no fuera el testimonial, el de su paso por la vida y por el mundo.

Sin él, cuando Max Brod lo quemase, se convertirían en cenizas y pasarían al olvido eterno.

Sin él.

La muerte era amarga.

Tan áspera y dura...

Volvió la cabeza y miró a Dora, durmiendo apacible a su lado. No eran buenos tiempos. La herencia de la Gran Guerra se hacía sentir en Alemania. Los cinco años transcurridos desde el fin de la contienda que había zaherido a Europa fueron angustiosos, pero el futuro no se presentaba con muchas esperanzas.

Salvo que los niños y las niñas como Elsi crecieran libres y felices, sanos

y fuertes.

Con muñecas viajeras hablándoles de mundos por descubrir y amores por vivir.

Llevó su mano derecha hasta el perfil de Dora y le acarició la mejilla. Tuvo deseos de besarla, pero no quería transgredir su sueño. Su rostro era como una máscara blanca en la penumbra. El sesgo horizontal de los labios tenuemente oscuros, las manchas de las cejas y las pestañas, la pequeña nariz casi invisible. De no haber sido por ella no hubiera sabido qué hacer en aquellos días, semanas y meses tan difíciles. Oírla respirar, sentir su pecho subiendo y bajando de forma acompasada, formar parte de su proximidad, era una suerte y un privilegio. Dora era como Elsi.

Su dulce profesora de hebreo rezumaba toda la vida que le faltaba a él.

Que se le escapaba poco a poco de entre las manos.

Franz Kafka retuvo la imagen de Dora y cerró los ojos.

Su mejor medicina.

La última carta estaba escrita. La preparación de los dos días anteriores conducía al gran desenlace, al momento mágico. Por la mañana, Brígida le diría adiós a Elsi.

Fin de la historia.

Lo mejor por el bien de la niña.

Pero ¿y él?

r

—Ésta es muy larga —dijo Elsi—. Tres páginas.

—En efecto. Parece que Brígida tiene mucho que contar.

—Bueno —suspiró la niña—. A mí me cae bien Gustav.

—A mí también —concedió el cartero.

Le entregó los tres folios. Se había acostumbrado a que fuese el lector de las intimidades de su muñeca. El cómplice perfecto. Como solía hacer casi desde el comienzo, se agarró de su brazo y apoyó la cabeza en él.

Franz Kafka percibió su limpio aroma, aquella fragancia de primavera perpetua.

Se sabía la carta de memoria, después de haberla escrito y reescrito una docena de veces. Junto con la primera, había sido la más difícil. Intentó que su voz no le traicionara.

—¿Estás bien? —quiso saber.

—Sí —dijo la niña.

Querida Elsi, ha llegado el gran momento, el gran día, y espero que comprendas lo importante que es para mí lo que voy a hacer. Lo que más deseo es compartir contigo toda la felicidad que me embarga. Lo que menos quiero es hacerte daño. Pero sé que en estas tres últimas semanas hemos estado más unidas y compenetradas de lo que jamás habríamos estado antes. Es así, ¿verdad?

Esperó a que su amiguita respondiera la pregunta.

Ella asintió con la cabeza.

Por tanto, si mi felicidad es tu felicidad y viceversa, quiero que

cantes y rías conmigo cuando sepas que me he casado.

Hizo una pausa, pero Elsi no se movió.

Gustav y yo ya somos marido y mujer. La ceremonia fue preciosa, en plena sabana, con todos los miembros de la tribu de los masai como testigos y un sinfín de elefantes, jirafas, ñus, gacelas, cebras y otros animales que estaban tan cerca que daba la impresión de que formaban parte del cortejo. Después de ti, Gustav es la persona más extraordinaria que he conocido. Sé que después de pasar media vida contigo, la otra media se la debo a él, y también tú un día entregarás tu corazón a un joven con el que desearás compartir el futuro. Muy pronto, Gustav y yo queremos tener hijos e hijas tan preciosos como lo eres tú. Sé que te hará feliz saber que a mi primera hija la llamaré Elsi en tu honor. No habría conseguido esto sin tu amor. No sería libre y feliz si no me hubieses hecho libre y feliz. Te llevo en mi corazón, y te llevaré siempre.

Hizo una pausa después de aquella larga parrafada. Oyó el suspiro de la niña.

Todavía no sabía si se echaría a llorar o no, si mostraría tristeza o no. Los días previos la había estado preparando, pero aun así...

Franz Kafka tuvo un último estremecimiento.

—¿Qué te parece? —quiso saber.

—Estoy muy contenta.

Cerró los ojos. El ramalazo de pánico cesó.

—¿De verdad?

—Ahora sí es enteramente feliz —suspiró ella.

—¿No te importa que...?

—No —aseguró con una dulce energía—. Ésta es la carta más bonita de todas, ¿no crees?

—Es muy especial, sí.

—Usted debe de saber mucho de eso. ¿A que es la carta más preciosa que

jamás haya leído?

—Puedes estar segura —manifestó con rotundidad.

—Brígida estaba sola, y ya no lo está. Sé que Gustav la hará muy dichosa. La forma en que habla de él, de lo que siente, de lo que quiere compartir a su lado...

Hablaba como una personita mayor, centrada, con tanta elegancia como si en lugar de estar en el parque con él estuviera tomando el té con unas amigas en uno de los céntricos cafés de la Potsdamer Platz. Su madre, Bertha, había hecho sin duda un buen trabajo.

Ojalá terminaran pronto aquellos días de inflación y zozobra social, política y económica. Ojalá no hubiera más guerras en aquella Europa torturada. Ojalá el futuro fuera de Elsi y de todas las Elsis que crecían llenas de esperanzas.

—¿Qué le pasa? —preguntó la niña.

—Nada, perdona.

—¿Por qué se está rascando los ojos?

—Se me ha metido una brizna y me pican.

—¿Le duele?

—Un poco, porque de frotarme uno se me ha irritado el otro.

—Sí, los tiene rojos y húmedos.

—Ya.

—¿Va a continuar leyéndome la carta?

—Por supuesto.

—Entonces siga —se acomodó de nuevo a su lado y le apretó el brazo con todas sus fuerzas.

Parpadeando para recuperar la visión, Franz Kafka buscó el punto en el que se había quedado.

S

Se sentía vacío.

Vacío de mente, con el cerebro hueco y las sensaciones rebotando por sus paredes como si fueran pelotas de goma. Vacío de alma, como si se tratara de una vid seca y retorcida a la que ya no queda ni un grano de uva ni una sola gota de vino. Vacío de estómago, inapetente, con el cuerpo tan liviano que ni siquiera lo sentía más allá de aquella ingravidez.

¿Qué le faltaba?

No a él, sino a la historia.

¿Por qué su voz interior le gritaba que se detuviera un segundo a reflexionar?

¿Por qué su instinto le agitaba la razón, advirtiéndole como solía hacer siempre con la alarma de su sexto sentido? ¿Por qué se comportaba igual que si le acabasen de arrancar el espíritu?

—¿Así que os habéis despedido?

—Sí.

—¿Cómo estaba ella?

—Me ha abrazado, me ha dado uno de sus enormes besos en la mejilla, me ha dicho que nunca me olvidaría y me ha deseado suerte.

—¿Ella a ti?

—Sí.

—Tenía que haberla conocido.

—Puedes ir al parque.

—Has dado vida a una insólita fantasía, querido.

—No, lo único que he hecho ha sido recuperar a un ser humano. Lo más triste habría sido la Elsi desechada por la pérdida de su muñeca.

Quería contarle a Dora que había llorado pero no podía.

Se sentía tan estúpido...

Tan ridículo...

Y al mismo tiempo tan bien, a pesar de aquel vacío que le alertaba de que faltaba la última pieza por encajar en la historia.

—Tendrás que bajar al parque a otras horas —apuntó su compañera.

—Además de su cartero soy su amigo.

—Ya no, y lo sabes. Será distinto.

—¿Por qué?

—Si te ve, si habla contigo, ella recordará a Brígida. Lo que necesita es... no diré que olvidarla, pero sí dejarla ahí, en su memoria, tan quieta como pueda mientras la vida continúa.

—Eres toda una intérprete de personalidades infantiles.

—Bastante —admitió Dora—. Dar clases requiere mucha perspicacia. Casi tanto como la que necesita un escritor.

—Todo esto te ha parecido divertido, ¿verdad?

—Fascinante —aseguró convencida—. Nunca te había visto trabajar tan enloquecidamente y tan a gusto.

Franz Kafka se hundió un poco más en la butaca. Dora se inclinó sobre él y le besó en la frente. Después salió de la sala dejándolo solo un momento.

Con sus pensamientos.

Los vacíos.

—Vamos, piensa —musitó para sí.

El cierre de la historia. El broche.

Pero ¿qué podía haber más allá de la boda de Brígida?

Las palabras de Elsi revoloteaban como mariposas de hierro por su mente.

«Brígida estaba sola, y ya no lo está», «Es feliz, estoy contenta», «Me cae bien Gustav».

¿Por qué él no encontró un cartero de muñecas cuando era niño?

¿Por qué tuvo que enfrentarse siempre a su padre?

¿Por qué no había muñecas viajeras en la vida real?

Es en la infancia el tiempo de creer en las muñecas. Y es en la infancia cuando existen los finales felices. Pero mucho más necesarios son en la madurez los carteros capaces de recibir cartas que sólo un loco puede ser capaz de escribir.

Un loco.

Finales felices.

—¿Volverás al manuscrito que tienes encallado? —Oyó la voz de Dora flotando en algún lugar de la casa.

«Los poetas levantan castillos en el aire, los locos los habitan, y alguien, en la vida real, cobra el alquiler».

A veces recordaba frases que no sabía de dónde salían.

—Franz, ¿me has oído?

—Sí, Dora.

—¿Sí me has oído o sí vas a volver a tu libro?

—Las dos cosas.

Un loco.

Finales felices.

¿Cuál era el final feliz de una historia con una muñeca viajera y una niña que había recuperado la paz gracias a tres semanas de cartas maravillosas?

—¿Cuál es el final feliz de una historia con una muñeca viajera y una niña que ha recuperado la paz gracias a tres semanas de cartas mágicas? — exteriorizó sus propios pensamientos en voz alta.

Dora volvió a aparecer por la puerta de la sala.

—Creo que ya lo sabes —se cruzó de brazos al ver que él estaba empezando a sonreír de oreja a oreja.

t

Llegó al parque un poco más tarde, en primer lugar porque la tienda quedaba un tanto retirada, y en segundo lugar porque la carta, aunque muy, muy breve, había surgido de una inspiración final, hacía apenas dos horas.

Se internó en el camino sosteniendo el paquete bajo el brazo y deambuló por aquellos familiares vericuetos sin dejar de mirar a todos lados, en busca de su objetivo. El banco en el que se habían sentado día tras día Elsi y él seguía tan vacío como siempre, sin sol, apartado de los intereses de quienes lo buscaban como lagartijas necesitadas de su calor.

Era un buen banco.

El mejor.

Franz Kafka recordó el paseo que dio tres semanas antes, aquella mañana en la que el llanto de Elsi había roto su equilibrio, catapultándolo a la historia más increíble de su vida. Rememoró de nuevo las sensaciones, los ecos de sus pensamientos, el balsámico efecto de su paz.

Parejas prematuras, parejas ancladas en el tiempo, parejas que aún no sabían que eran parejas, ancianos y ancianas con sus manos llenas de historias y sus arrugas llenas de pasado buscando los triángulos de sol, soldados engalanados de prestancia, criadas de impoluto uniforme, institutrices con niños y niñas pulcramente vestidos, matrimonios con sus hijos recién nacidos, matrimonios con sus sueños recién gastados, solteros y solteras de miradas esquivas, solteros y solteras de miradas procaces, guardias, jardineros, vendedores...

Un regalo.

Y él, absorbiéndolo como una esponja, viajando con sus ojos, arrebatando energías con el alma, persiguiendo sonrisas entre los árboles. Uno más entre tantos, solitario, lleno de pasos perdidos bajo el manto de la mañana, con su mente volando libre de espaldas al tiempo, que allí se mecía con la languidez

de la calma y se columpiaba alegre en el corazón de los paseantes.

Todo igual que tres semanas antes.

Igual pero muy distinto.

Elsi estaba en la zona en la que jugaban los niños con dos amigas recuperadas tras el paréntesis de las cartas. No notó su presencia hasta que una de sus compañeras lo miró, sorprendida por verlo tan quieto. Entonces sí volvió la cabeza.

Los ojos de la niña se iluminaron.

—¡Señor cartero!

Corrió hacia él abandonando el juego. Franz Kafka se agachó para recoger su abrazo y detener el ímpetu de su carrera. Lo hizo con una mano, porque la otra seguía sosteniendo aquel bulto de regulares proporciones envuelto en un brillante papel de colores.

—Hola, Elsi.

—¡Hola! ¿Ha venido a traerle una carta a alguien?

—Sí, a ti.

—¿A mí?

—Una carta y este paquete —se lo mostró.

—¿Qué hay en él? —El rostro de la pequeña reflejó su pasmo.

—No lo sé. Ha llegado esta mañana.

—¿De quién es?

—De Brígida.

La luz regresó a su mirada, y la sonrisa se hizo mayor en sus labios. Tomó el paquete, grande para sus manos, y se sentó allí mismo, sobre la hierba. Franz Kafka también se arrodilló.

—Creía que ya no me escribiría más —vaciló Elsi.

—Pues ya ves.

—¿Qué hago?

—Ábrelo.

Rasgó el papel que lo envolvía. Su compañero se encargó de recoger los restos del nervioso destrozo. Poco a poco fue apareciendo una caja de cartón debajo de aquel vistoso papel de colores. E impreso en la caja...

—¡Señor cartero! —balbució Elsi.

Era la muñeca más bonita que había encontrado en la tienda.

De porcelana, cabello rubio, ojos vivos, labios de ensueño y un vestidito exquisitamente rojo.

—Vaya —fingió sorpresa.

—Es... preciosa —Elsi apenas podía hablar.

—Sí que lo es.

La escena se congeló un instante. La niña mirando aquella hermosa muñeca y Franz Kafka contemplándola a ella. El tiempo se detuvo para arroparlos.

Luego él le entregó la carta.

La última carta de Brígida.



Ahora sí.

—Yo te la sostengo —hizo ademán de coger la muñeca.

—No —la apretó contra sí—. Abra usted el sobre.

Lo hizo. Rasgó la solapa con cuidado y extrajo la hoja de papel en la que había apenas unas líneas escritas. Dejó que un cierto halo de misterio acompañara aquellos segundos finales.

El final feliz digno de un loco.

Elsi, te quiero mucho. Gracias por darme la vida, y la libertad para vivirla. Sé feliz.

Firmado:

Brígida

—¿Me la ha regalado?

—Eso parece.

La cara de Elsi era un poema, una canción. Toda la fascinación de la infancia flotaba en sus rasgos, y toda la inocencia de sus años, quizás los mejores, estallaba en aquella sinfonía de color y enorme alegría. Se abrazó a su nueva muñeca, fuerte, y le dio un primer beso de amor que aseguraba también su exclusiva propiedad.

—Hay algo más —dijo él.

—¿Qué es?

—Una posdata. Dice:

Se llama Dora

—¡Dora!

En unos segundos terminaría todo. En unos segundos Elsi se iría para siempre, con Dora en su vida. En unos segundos él se quedaría solo.

En unos segundos.

A veces el tiempo era generoso.

u, v, w, x, y, z...

Durante muchos días, y algunas semanas, la vio de lejos por el parque Steglitz, siempre con Dora, jugando, sin perderla de vista, tan feliz como lo habían sido ambos en aquellos momentos en que las cartas de Brígida los unieron.

A veces sus ojos se encontraron. A veces ella agitaba su mano saludándolo. A veces se sentían cómplices de un gran secreto. A veces él buscaba en el fondo de sus sueños todas aquellas esperanzas que necesitaba para mantenerse en pie.

Y Dora, su propia Dora, de carne y hueso, le hacía ver que las estrellas del cielo seguían allí arriba, vivas para todos.

Después llegó el otoño, y el invierno.

Y ya no la vio más.

Su último invierno.

Franz Kafka le dijo a Dora por los albores de Navidad:

—Brígida está en el Polo Norte.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella.

—Porque me ha escrito una carta deseándonos un feliz 1924 —respondió él—. Dice que este año la nieve será de color verde y las nubes muy rojas.

Corolario

Franz Kafka murió en el sanatorio Kierling, cerca de Viena, un año después de que sucediera esta historia, el 3 de junio de 1924, a los 41 años de edad. El nombre de la niña que perdió la muñeca nunca se ha sabido, y las cartas que le escribió él durante tres semanas nunca han sido leídas por ninguna otra persona ni encontradas. Dora Dymant, que vivía con el escritor por entonces, fue la que explicó los hechos: «Aquel día, entró en el mismo estado de tensión nerviosa que lo poseía cada vez que se sentaba frente a su escritorio, así fuera para escribir una carta o una postal». Kafka escribió la primera carta con absoluta seriedad y entrega, y después, también todas las demás, tan volcado en ellas como lo habría estado por una de sus novelas o relatos. No se sabe por qué le contó a la llorosa niña tan increíble ocurrencia. Y tampoco por qué mantuvo tan singular historia durante tres semanas. Pero según dice César Aira, «Kafka fue el más grande descubridor de signos en la vida moderna», y Richard Stach afirma: «Para un escritor no se trata sólo de saber observar, sino que es preciso descubrir los signos ocultos en lo que se observa. La elogiada precisión quirúrgica de la mirada de Kafka se hacía escritura en la transmutación de lo visible en signo».

Durante años, Klaus Wagenbach, un estudioso de Kafka, buscó a la niña por los alrededores del parque, casa por casa, interrogó a vecinos, puso anuncios en los periódicos, y todo ello sin éxito. Nunca perdió la esperanza, y continuó yendo al parque muchos más años, hasta el presente, siempre soñando con el milagro de dar con ella y preguntarle si conservaba aquellas cartas que constituían uno de los documentos más importantes de uno de los más importantes creadores del siglo XX.

Una obra de Kafka exclusiva para una sola persona, una niña.

Y posiblemente la más bella y lúcida de sus incursiones literarias.

En aquellas tres semanas epistolares, la muñeca le enviaba su amor a la niña día a día, le contaba que sus viajes y aventuras en el extranjero la retenían lejos. Al final, su noviazgo, compromiso, y matrimonio, pusieron el broche de oro a tan notable peripecia. Para entonces la niña ya se había reconciliado con la pérdida de su muñeca.

No se sabe tampoco si Kafka y ella siguieron encontrándose en el parque hasta el prematuro final del escritor meses después. Cuando le sobrevino el fatal desenlace, su amigo Max Brod no cumplió con su última voluntad, destruir todos sus textos inéditos. Gracias a él se publicaron en los años siguientes *El proceso* en 1925, *El castillo* en 1926 y *América* en 1931, convirtiendo al escritor en uno de los más grandes referentes del siglo XX.

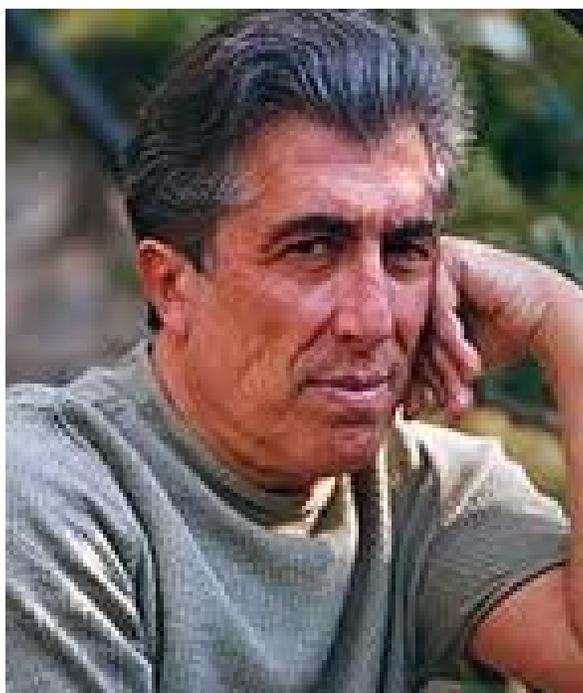
Por mi parte, me he permitido la transgresión: inventar esas cartas, terminar la historia, darle un final imaginario. Pudo ser este u otro cualquiera, y no creo que importe demasiado. Lo sucedido es tan bello en sí mismo que el resto carece de importancia. Lo único evidente es que aquellas cartas debieron de ser mucho mejores y más lúcidas que las recreadas por mí.

Agradecimientos

En primer lugar, gracias a César Aira, cuyo artículo «La muñeca viajera», publicado en la contraportada de «Babelia», *El País*, de 8 de mayo de 2004, me lanzó a escribir esta historia.

En segundo lugar, gracias a la anónima niña y al autor de *La metamorfosis* por tan singular hecho; a Dora Dymant (o Diamant según algunas obras), que lo contó; y a Klaus Wagenbach, que lo convirtió en leyenda buscándola incesantemente, así como a cuantos lo han narrado hasta el presente.

Jordi Sierra i Fabra,
Vallirana, agosto de 2004, a los 80 años
de la muerte de Franz Kafka



JORDI SIERRA I FABRA, (Barcelona, 26 de julio de 1947) es un escritor español, que destaca por la variedad de temáticas y registros en su narrativa, ya que aborda todos los géneros, y porque refleja como ningún otro el castellano que se habla en las zonas del catalán. En los últimos 25 años sus obras de literatura infantil y juvenil se han publicado en España y América Latina. También ha sido un notable estudioso de la música rock desde fines de los años 60. Fue fundador y/o director de numerosas revistas, El Gran Musical, Disco Exprés, Popular 1, Top Magazine, Extra o Súper Pop, la última, ya en 1977, cuando había dejado la música por la literatura.